



PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA

ESOS
ROSTROS
QUE
ASOMAN
EN LA
MULTITUD

HOMES -
Mujeres





**PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA**



Serie Literaria

PABLO ANTONIO CUADRA
Obra poética completa

Vol.	TITULOS DE LIBROS
I.	1 CANCIONES DE PAJARO Y SEÑORA 2 POEMAS NICARAGUENSES
II.	3 CUADERNO DEL SUR 4 CANTO TEMPORAL 5 LIBRO DE HORAS
III.	6 POEMAS CON UN CREPUSCULO A CUESTAS 7 EPIGRAMAS 8 EL JAGUAR Y LA LUNA
IV.	9 CANTOS DE CIFAR
V.	10 ESOS ROSTROS QUE ASOMAN EN LA MULTITUD 11 HOMENAJES
VI.	12 SIETE ARBOLES CONTRA EL ATARDECER 13 EL INDIÓ Y EL VIOLIN
VII.	14 TUN – LA RONDA DEL AÑO – (POEMAS PARA UN CALENDARIO)
VIII.	15 TEATRO Y CUENTOS



PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA

ESOS
ROSTROS
QUE
ASOMAN
EN LA
MULTITUD

HOMENAJES

San José, Costa Rica 1985



Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**
FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

861.6

C961-0

Cuadra, Pablo Antonio, 1912-
Obra poética / Pablo Antonio Cuadra.— San
José: Asociación Libro Libre, 1985. v.

Contenido: v. 5. Esos rostros que asoman a la
multitud.-- Homenajes
ISBN 9977-901-24-4

1. Poesía nicaragüense. I. Título.



Libro Libre

Apartado 391 San Pedro de Montes de Oca.

San José, Costa Rica.



INDICE DE VOLUMEN V

Esos Rostros que Asoman en la Multitud

<i>Nota Editorial</i>	14
DOÑA ANDREITA Y OTROS RETRATOS	
Legajo de don Diego	19
Mi pobre tío Ignacio	21
Betina “la figlia qui piange”	25
Eleuterio Real	28
Doña Justa	32
Bartolo Ciego	36
Mis Cariátides	41
Pedro Onofre	43
Paco Monejí	47
Don Medardo	49
Catalino Flores	52
Rayuelo	54
Lacrimosa doña Andreíta	62
María Jacinta	65
Juana Fonseca	66
Abuelo en la noche	70
APOCALIPSIS CON FIGURAS (Managua/1972)	
El pastor o el presentimiento	73
El sirviente de Darío	75
El velador	78
La cita	80
J.R. en su fragata	81



Amadeo	83
Pavana para un Ejecutivo difunto	85
Venancio	87
Hotel Reissel (Habitación No.127)	90
Estefanita Soto	92
La Profesora de piano	93
En un pequeño hotel de Managua	95
El hermano mayor	97
Juan de Teustepe	100
Lamento nahuatl	101
Letanía de los aviones	102
Dedicatoria final	104

Homenajes

<i>Nota Editorial</i>	107
El cazador de pájaros Homenaje a Leonel Rugama	109
Noche de América para un poeta español Homenaje a Leopoldo Panero	115
A Luis Rosales	124
José Llorens Artigas	126
Person throwing a stone at a bird Homenaje a Joan Miró	127
“Sopra un basso rilievo antico sepolcrale” En memoria de María Gabriela	128

Esos Rostros que Asoman en la Multitud

*“The apparition of these faces
in the crowd,
petals on a wet, black bough”*

EZRA POUND

*(La aparición de esos rostros
en la multitud
pétalos en mobosa, negra rama)*



PATRIA DE TERCERA •

*Viajando en tercera he visto
un rostro.
No todos los hombres de mi pueblo
óvidos, claudican.
He visto un rostro.
Ni todos doblan su papel en barquichuelos
para charco. Viajando he visto
el rostro de un buertero.
Ni todos ofrecen su faz al látigo del "no"
ni piden.
La dignidad he visto.
Porque no sólo fabricamos buérfanos,
o bien, inadvertidos,
criamos cuervos.
He visto un rostro austero. Serenidad
o sol sobre su frente
como un título (ardiente y singular).
Nosotros ¡Ab! rebeldes
al bormiguero
si algún día damos
la cara al mundo:
con los rasgos usuales de la Patria
¡un rostro enseñaremos!*

• Tomado de Poemas Nicaragüenses



Retratos en verso, retratos en prosa. El libro se compone de dos partes: la primera, titulada: “Doña Andreíta y otros retratos”, que reúne composiciones de 1964 a 1975;¹ y la segunda titulada: “Apocalipsis con figuras (Managua–1972)” donde el poeta rescata rostros de su pueblo entre las ruinas y el horror del gran terremoto que destruyó la capital de Nicaragua.²

La primera edición completa de este libro traía la siguiente presentación: “Personas, retratos, rostros –que asoman en la multitud– ‘poemas de personajes: (escribe el novelista Sergio Ramírez) casi podríamos decir que estos personajes contenidos en la poesía, están como en la cápsula experimental de una novela nicaragüense. Se recurre a sus propias vidas para dar argumento al poema –porque son poemas con argumento, historias reales– y estas vidas resultan singularmente dotadas de carga poética y novelesca”

Cuadra, en “conversaciones” con Xavier Zavala –publicadas en parte por Franco Cerutti–³ dice sobre este tema: “Ya en ‘Poemas Nicaragüenses’ planteo, tal vez sin advertirlo, lo que a mi ver constituye, junto con el problema del tiempo, el interrogante o el problema humano mas recurrente en mi poesía: me refiero al del *hombre anónimo* ó, dicho desde el punto de vista de mi solidaridad: al rescate de los rostros del pueblo. Me refiero especialmente al poema “Patria de Tercera”. Allí descubro el rostro de un huertero. Un rostro anónimo que puede ser el rostro de la Patria. *¿Qué significa para mí ese rostro anónimo?* –Posiblemente la contestación íntegra se encuentre a través de toda mi poesía. Posiblemente mi poesía –por lo menos la que arranca de lo más hondo de mi ser– no sea más que la búsqueda de una respuesta al misterio de un rostro anónimo. . .

“En el rostro del anónimo resplandece, en primer lugar el horror de la historia que sólo dá nombres a ciertos escogidos, general-



mente a los abominables, mientras los demás (la inmensa muchedumbre), entierran sus nombres en el dolor y la semilla yace oculta. Para un poeta este resplandor es insufrible. . .

Cuadra analiza la búsqueda y el rescate de tales rostros en sus diversas obras y agrega:

“Los Rostros que Asoman en la Multitud, rostros del pueblo (rostros—situaciones) como Rayuelo, extracto de magia, Don Medardo, Don Diego, Pedro Onofre, Paco Monejí el niño jorobadito de mi infancia, Doña Andreíta la despojada, etcétera, son retratos que tratan de trascender su individualidad para convertirse en las fisonomías que adquiere lo anónimo, fisonomías formadas con rasgos propios y problemas comunes. Algunas de ellas las realizo, con sus palabras. Las pinto con la lengua. . .

Y finaliza “Yo recuerdo que al redescubrir a Cristo en la época de ‘Canto Temporal’, la mayor atracción que me produjo su Rostro fue el encontrar en El el rostro-espejo que rescataba, asumía y salvaba la inmensa, la infinita y marginada dignidad de los anónimos. Una de las frases suyas —en el Evangelio— que más impacto hicieron en mí, fué aquella: “Yo conozco vuestros nombres”. A la luz de esa frase sus “Bienaventuranzas” no hacen más que mostrar algunos hilos ocultos de ese divino “Yo conozco”. Y en ese “Yo conozco” descubrí, como a la luz de un relámpago, el revés de la trama de lo que el hombre llama historia.”

- 1 “Doña Andreíta y otros retratos”—Primera edición: Ediciones Poesía de Venezuela. Caracas 1971. Segunda edición: “El Pez y la Serpiente” 1976.
- 2 “MANAGUA/72” Pliegos sueltos de La Estafeta No.77, Madrid, España. (Ilustraciones de Leoncio Sáenz y foto del autor)
- 3 Cerutti Franco, Introducción a la Poética de Pablo Antonio Cuadra, Revista Histórico-crítica de Literatura Centroamericana, Vol.I, No.1 (escrito originalmente en italiano como “Ad Límina” de su estudio y antología: Pablo Antonio Cuadra: *Introduzione alla Terra Promessa*, Edizioni Accademia. Col.II Maestrale, Milano, Italia 1976.

Doña Andreíta y otros retratos



LEGAJO DE DON DIEGO

“Don Diego de Nicaragua y Ñurinda
nieto del Cacique de la Provincia
Regidor que fue de la Villa de Tola
y fundador del nuevo pueblo de Ochomogo:
era hombre pequeño y bien dotado
a quien conocí de trato
vista y comunicación como vecino
Item digo de él que siempre
experimenté su crianza urbana y cortesía,
que fue dado a las cosas del pro-común
y que no le conocí vicio alguno, salvo mujeres
porque converso y bautizado
y portándose en todo con maduro acuerdo
nunca quiso dejar su inclinación
y se las allegaba a cantidades
tanto de la ínfima plebe
como de las más condecoradas del lugar
diciendo al prior del convento
con sorna –porque era hombre de luces
y de ingenio– que prefería
adoctrinarse en el Antiguo Testamento.
Murió cumplido el siglo
contrito y en plenas facultades.
Su legítima mujer tuvo la vela
cuando le puso el óleo
y afuera lloraban las restantes.
Fue sepultado en el atrio del templo
que él mismo, como Salomón, hizo edificar
pero fue tanta la descendencia
de varones y hembras que asistió a sus honras



que hice despoblar la villa
y répartir en la provincia a sus bastardos
para evitar ayuntamiento
y escandaloso trato de consanguíneos.
Así es verdad y juro
in verbo sacerdotis tacto pectore
yo don Manuel de los Reyes Soto
Revisor y Expurgador de libros
y Teniente Cura de esta Villa”.



MI POBRE TIO IGNACIO

—I—

M.P.S.P. Don José Domás del Valle
Presidente de la Gobernación de Guatemala.

Muy poderoso Señor: No puedo presindir en esta ocasión de importunar los altos respetos de Vuestra S.M.I. con una queixa que ha justísima mas sensible causa por tocar el honor de mi marido D. Ignacio de la Quadra, oficial de pluma, un año y cinco meses ausente quien fuese en busca de fortuna y estudio con promesa de llamarme y de contribuir con su trabajo a mi manutención y a la de nuestros hijos mientras lograba establecerse. Cumplió a satisfacción los meses que van de Marzo a Noviembre pero van corridos los restantes hasta esta fecha y no habiendo satisfecho más sus remisiones ni aún la contestación de mis cartas, no puedo menos que elevar mi súplica a Vuestra S.M.I. a pretexto de las mayores fatalidades que padezco, para que se sirva mandar comparecer ante su grave presencia al citado don Ignacio y sin que conociese ser instancia mía le obligue a contribuir con la asistencia a esta su familia o mejor que se restituya a su domicilio.

Espero de la justificación de V.S.M.I. atenderá mi súplica y en el ínterim quedo pidiendo a Dios Nuestro Señor guarde la importante vida de V.S.M.I. muchos años para bien de este Reino.

M.P.S.P.



Besa las manos de V.S.M.I. su mas atenta servidora
(f) María Francisca Ruis de Ocaña
(Rúbrica)

León, abril 23 de 1795

—II—

M.P.S.P. Don José Domás del Valle
Guatemala.

Muy Ilustre Señor: Venerado señor las miserias de esta servidora la hicieron ocurrir ante Vuestra S.M.I. con una súplica que a causa sin duda de los graves negocios no logró su atención, pero pasan los meses y mi marido don Ignacio de la Quadra sigue desatendido, y va en ello tiempo, de aquellas obligaciones a que se reduxo por el estado de matrimonio que conmigo contraxo, abandonándome con el grave peso de tres hijos, entre ellos dos mujeres cuya manutención, la mia y la de nuestros sirvientes se me ha hecho insoportable sin poder menos experimentar muchas necesidades hasta el estado de no poder salir a oír Misa si no es de madrugada, o dexarla de oír si no se logra esta proporción por no tener un vestido regularmente decente con que ponernos en la calle de día.

No omito poner en la superior comprensión de V.S.M.I. para lo que pueda convenir que me recelo prudentemente que mi referido don Ignacio pretenda internarse a otros lugares agravando el abandono de esta su familia, pues tengo noticia por tercera pero verídica per-

sona que a sus parientes de la ciudad de Granada pidió en días pasados su fe de bautismo y le fue remitida.

Por todas estas tristezas y necesidades no puedo menos que reiterar mi súplica anterior exitando al intento la notoria piedad y conmiseración de V.S.M.I. para que se compela al dicho mi marido a que contribuya con la correspondiente parte para subvenir a las precisas como indispensables necesidades de su familia, o mejor fuera, a que se restituya a su casa y familia.

Dios Nuestro Señor guarde la vida de V.S.M.I. muchos años para felicidad de su Reino.

(f) María Francisca Ruis de Ocaña

(rúbrica)

León, 9 de septiembre de 1795,

—III—

Guathemala. Real Palacio 3 de Diciembre de 1795. Informe el Escribano de este Superior Gobierno, M.I.S. Don Santiago de la Paz, con inteligencia del interesado, el goce y posibilidades de su oficial de pluma don Ignacio de la Quadra; y la parte que él debe y puede consignar a la manutención de su mujer y familia: señalando el medio y modo con que se asegurará mensualmente esta suministración: en cuio asunto ha de proceder entendido de que en defecto ha de ser obligado inmediata-



mente a reunir con ella, para evitar quejas iguales a ésta.

(f) Domás

(rúbrica)

El Gobernador.

—IV—

(Sr. Gobernador)

M. I. S.

Mucho tiempo antes de que se proveyese el anterior decreto de V.S. no daba ya asistencia a mi oficina el joven escribiente don Ignacio de la Quadra por grave enfermedad de cuyo mal ha fallecido; que es lo que puedo informar a V.S. A su tiempo he pedido al I.S. Alcalde de Granada de Nicaragua, su lugar de origen, el nombre y señas de sus familiares para hacerles saber el infausto suceso, pero sin recibo de respuesta hasta hoy.

Guathemala, Enero 2 de 1796

(f) Santiago de la Paz

(rúbrica)

—V—

Real Palacio. Guathemala 10 de Marzo de 1796.

Comuníquese y archívese.

(Rubricado).



BETINA, “la figlia qui piange”

Mi hermano
con su acostumbrado
estilo de cronista
“Fígaro” le decía:
retórica
que daba su marco
de ópera
al aburrido
medio día
y al canturreo
del “maistro”
con su litúrgico hisopo
enjabonado y luego
la inagotable “parola”
de Fígaro.

Don Benito (por él
doblaban las campanas)
Mi saco negro
colgado
en la percha de espejo
y yo ensueñado
bajo el carraspeo de la navaja
navegando
el largo río de pésames
desde la viuda opulenta
hasta Betina
—mi Beatrice—
con sus 15 abriles dispuestos
en dos trenzas castañas
sobre sus pequeños pechos



como largos signos de admiración
 Fígaro decía –Don Benito
etcétera. todo el día
 la misma historia
en la oficina
en la mesa, en
el club, etcétera
 en 52 mas pobre que una rata
 en 53 dueño de un palacio
 favorecido por una delación
 Ministro
 Coronel
 General
rampante
señor de consorcios
y en la cocina su cocinera
desde su ángulo culinario:
–Don Benito fue hombre
 que supo darse buena vida
y Fígaro llevándole la contabilidad
al reguero de huesos de
 sus competidores
en cambio su chofer: –Ah! tan generoso!
cuando mi madre estuvo enferma. .etcétera
hastiado
oía a Fígaro –de punta
en blanco– repasando
la biografía
del finado
que ayer tarde
 en fin
Betina lo sabe
y hoy llorará



recriminándome
y recriminándose
palabras que ahora remuerden
mientras le estrecho
la mano
con mi insincera condolencia.

1951



ELEUTERIO REAL

¿Cómo era el rostro de Eleuterio Real?

Lo ví pasar muchas veces por aquí, por la puerta del Cuartel, pero ahora todo indio que pasa me parece que tiene el rostro de Eleuterio Real.

– *¡Cabo Flores! ¿Usted se acuerda de Eleuterio Real?*

El Cabo Flores no me contesta. Estoy restringido y está prohibido pasarme palabra.

El Teniente Starson (USMC) es el jefe de las fuerzas acantonadas aquí, en Matagalpa.

Apenas recibió el Comando ordenó publicar un bando a tambor batiente: “Todos los campesinos que entren en la ciudad deben dejar sus machetes y sus alforjas en el cuartel”.

Todos los días los campesinos que entran a la ciudad pasan por el cuartel, saludan quitándose el sombrero, dejan su machete y sus alforjas en el corredor y reciben un cartón con un número.

– *¡Cabo Flores!, a usted lo metió preso el Teniente porque le preguntó para qué diablos jodía a los indios. . . y ahora que soy yo el preso, no me habla!*

El Cabo Flores mira con recelo al interior. No me

contesta. El Teniente Starson debe estar hecho una fiebra. Hasta aquí oigo los gritos. Debe estar mentándome la madre en inglés. ¡Qué suerte la mía!

Yo no sé quién le dijo al Teniente Starson que Eleuterio Real era vaqueano de Paigua. Eleuterio llegaba todas las semanas. Bajaba de la cañada al mercado. Pasaba dejando su alforja y su machete por el cuartel. Yo le dí el cartón con su número.

—Eih! Tú! —gritó el Teniente.

El indio no sabe de tú, o no oyó.

Starson bajó de un salto a la calle. Le dió una bofetada.

—¿Hablo o no hablo?

Que Eleuterio Real era vaqueano de Paigua (“No lo es cierto”, dijo el indio). Que los llevaría. Que tenía que guiar a la patrulla porque él conocía las trochas inverneras (“No lo es cierto”, repitió el indio). Pero fué. Obligado fué y se extravió y Starson dijo que era traición, que estaba vendido a los sandinistas y lo amarró a un árbol en la noche y le dijo —“o recuerda el camino, o el amanecer. . .”— y le enseñó el revólver. Pero al filo de la medianoche los guardias o los brujos lo desamarraron y Eleuterio Real se fué, se perdió, se hizo humo.

Starson tardó tres días en salir de la montaña, pero antes de volver a Matagalpa pasó por la cañada, por el rancho de Eleuterio.



—No. No es de regreso, dijo la mujer.

—No. No señor. Ya contamos días de no verlo, dijo la abuela.

Y registró el ranchito pateando los perros flacos que ladraban. No estaba Eleuterio Real. Entonces quemó la choza. Se alzaron los gritos. Corrían las mujeres a salvar sus cosas, sus hijos, el saquito de sal, la carguita de maíz, la yuquita, la criaturita. La abuela cayó en los tizones y casi se arde. A los gritos y las llamas aparecieron los hombres: los dos muchachos de Eleuterio y el yerno salieron del chagüite donde se escondían. Venían con los machetes. Starson ordenó la descarga. Cayeron y él los remató. Uno a uno.

A los pocos días se cortó la comunicación telefónica con Managua. Siempre pasa esto en invierno. Uno oye la voz de Sébaco, de Darío, de Las Maderas: —“Cayó la línea”. “Cayó la línea”. Pero Starson ordenó a Brown y a Wiley —dos marinos del Cuerpo de Comunicaciones —ir a reparar la línea y reconcentró las fuerzas en el cuartel.

Brown y Wiley fueron avanzando y comunicando:

—Aló, aló. Correcto. Correcto.

Sus voces se fueron alejando por el hilo. El daño era lejano.

Ayer Starson amaneció intranquilo, vociferando.



A las tres de la mañana mandó tocar la diana. Se reunió con sus oficiales y destacó tres patrullas en secreto.

Todos sabíamos que algo pasaba pero no nos atrevíamos a preguntar. Starson se paseaba por la oficina atento al teléfono. Bastaba verlo para saber que estaba furioso. Andábamos en puntillas. Sólo interrumpía el silencio, el saludo de los indios que pasaban dejando sus alforjas y sus machetes.

De pronto el Teniente Starson arrugó la cara:

— ¡Podridos! —gritó— ¡Cerdos! ¡Cuándo tendrán higiene!

Y recorrió los rincones siguiendo su olfato e insultándome a mí que estaba de guardia.

De la esquina del corredor, donde los indios dejaban sus alforjas se levantó una mancha negra y zumbante de moscas.

— ¡Indios asquerosos! —gritó Starson. Y me ordenó que revisara las alforjas. De una de ellas, entre hojas de plátano, se levantó un olor pestilente. Me amarré un pañuelo sobre la nariz y las vacié en el suelo. Cayeron dos envoltorios. Las cabezas ensangrentadas de Brown y Wiley.

Todos pensamos en Eleuterio Real.

— *¡Cabo Flores, contésteme! ¿Cómo era el rostro de Eleuterio Real?*



DOÑA JUSTA

EN la puerta de su casa
como Ana la profetisa, o como la otra Ana
longeva, la serena, inmutable abuela de Dios de la hornacina
—todavía erguida
 pero leve
todavía reinante
 pero venida a menos:
Doña Justa preside el barrio, gobierna
en el ajetreado país del comadreo
de consejo en consejo
de casorio en casorio
en partos en bautizos
en agonías en funerales en pleitos
en pacificaciones
en rezos y angustias
juez de murmuraciones cuyas aguas
 detiene o da cauce
 según justicia
vestida de blanco, torre
de olán, torre
de marfil, Madre
del Buen Consejo
consoladora de los afligidos
Regina Pacis en el vitral
de la tarde de Mayo:
 penumbra de la salita
 y al fondo
el rayo de sol sobre el naranjo del patio
Rosa mustia
Abuela vecinal



Torre del pasado, contempla
desde la puerta su propia obra:
Todo está listo para el rezo
Todo preparado por las manos de la tribu:
La gran mesa lavada al amanecer
Los paquetes multicolores de dulces y alfajores
La gran porra de chicha con sus flotantes hielos
Los vasos relucientes, las limas y limones
con sus banderolas de papel
Las guirnaldas de papelillo, las flores
el altar de Nuestra Señora y la pequeña imagen sobre la
luna
Todo preparado para la junta de las tribus
La hoguera sagrada lista para la noche
y el rumor de los niños que se preparan
y las carreras de las muchachas alistando sus vestidos
y las razones y las citas de los enamorados
Y las sillas vacías alineadas a la espera
las sillas transportadas por los vecinos
alineadas, silenciosas, ocupadas por su recuerdo
sillas representativas, deliberantes, y memoriales
con sus manchas, sus rayas, sus golpes de
domésticos fieles
con sus nombres sentados en el vacío
de su rutina:
silla de la comodidad o doña Chavela la opulenta
silla de la tristeza o niña Mariita la solterona
silla de la rectitud o doña Clavito la profesora
sillón del bostezo, sitial del gordísimo don Claudio
silla trabajadora, de la pobre Rosario la costurera
Doña Justa mira el sillón de la usura
Conoce el sofá de la lujuria —una mirada
a través de la puerta entreabierta y la muchacha



que recibe sobre ella el clandestino peso del amante—
 y la mecedora de Amparo meciendo el sueño de la prole
 y la austríaca descolorida de doña Aminta venida a menos
 y la silleta briosa, recién hecha y apenas
 amansada por el tacto del carpintero José López
 y el adolorido sofá de don Victorino atropellado por su
 tropa de nietos
 y las sillas de las enamoradas en cuyos brazos
 las uñas han trazado los signos vagos de la
 inquietud o de la espera
 alineadas, parlamentarias, representativas
 sillas de la gran reunión familiar —Ahora dime:
 —A qué horas sonarán las siete en el reloj de la torre?
 Una muchacha baja de la noche con su padre, su madre
 y sus hermanas
 Maitro Osorno y sus filarmónicos transportan
 el violón como el cadáver de un músico venerable
 Y yo espero —mi corazón espera y mis
 pensamientos parecen hundirse en dulzuras
 [incomunicables
 al cruzar esa calle iluminada por un farol de luz dormida
 [y antigua
 Esta fue la tarde
 al anochecer
 cuando fuimos convocados para el amor,
 cuando la fogata
 se encendió en el centro de la noche y
 llegaron los lejanos moradores
 —Tú no lo sabes
 alta señora del barrio, profetisa
 del templo antiguo, derruida
 canosa torre
 de marfil, cuando al pie de tus años



miraba un niño desde la acera los preparativos de tu fiesta
y abría los ojos vigilando tus pasos y observando los pasos
[de las otras mujeres
y los afanes de los que ayudaban a preparar el rezo
y los acarreos de las sillas
y su corazón se movía al viento tremolando
(como sus alegres banderolas y guirnaldas).

Tú no lo sabes

—“Entra, muchacho”— me dijiste y esa noche
(estaba llena de estrellas y de música)
y había una silla vacía entre todas las sillas
donde una niña había puesto su mano reservándola a su lado
para el dueño del reino prometido.



BARTOLO CIEGO

“...Uno de esos juegos de muchacho: Cortábamos carrizos de papaya, les quemábamos las puntas para no sollamarnos la boca y hacíamos cerbatanas para matar pájaros. Mi primo Lencho, por puro juego, por irresponsable – ¡zas!– me dio en el ojo. “Ay, mamita”, dije yo viendo chispas y argollitas de fuego. –“ ¡Ya me jodiste, Lencho!”. Y él corrió afligido y me sostuvo soplando. Se me fue pasando el ardor, pero me quedó un estorbito. Seguimos jugando. En la noche, con el sereno, otra vez la molestia y más ardor y ya no podía dormir. Yo no le quería decir a mi mama porque me iba a leñatear. Pero ella me oyó revolviéndome en la tijera.

–“¿Qué te pasa? No tenés cabida en la tijera”. –“El ojo, mama. Me lo jinqué y me punza que no lo aguanto”.

–“Pasate para acá”; y me calentaba la palma de la mano con el aliento y me la ponía sobre el párpado. Sabroso lo sentía; pero al ratito otra vez el dolor. En la mañana ya me amaneció el ojo hinchado. Allí anduve todo el día arrinconado y lloroso. No soportaba la luz. Mi mama fue por miel de jicote y me echó unas gotas. Me ardió como un carajo pero me sentí mejor. Así estuve varios días, arrinconado, llorándome el ojo. Entonces llegó mi tata:

–“¿Por qué está allí ese muchacho? ¿Qué le pasa?”.

–“Tiene el ojo chollado” –dijo mi mama– “A ver,

acercate” —dijo él. Y me vio.— “Qué barbaridad! ¿Y cómo te lo pusiste así? ¡Ya te arruinaste!”. Pero andaba con tragos y se fue. —“Ya se va a componer”— decía mi mamá. Y me echaba miel y la abuela dijo que me pusieran unas compresitas de agua tibia de hoja de mango, y como usted sabe los muchachos todo aguantan. Con los días ya me fuí acostumbrando, pero como me hería la luz me tapaba con un trapo. Entonces fue que me di cuenta que ya no veía con el ojo. —“Mama, le dije, ya no veo con el ojo malo”. “Es la sangre, hijo, pero con los fomentos se te va a ir despejando”. Y nada. Me quedé tuerto; hasta a la escuela fui y como se me puso blanco el ojo me mal nombraban “ojo de sapo” o me gritaban: “tuerto, tuerto”. Me hacían sufrir los rejodidos. —“Mama, le dije, yo no voy a la escuela”. — “¡Qué dundera, por un apodo quedarse ignorante, hoy mismo te vas o te rajo!”. Pero me iba al monte, a los mangales y allí me estaba escondido. Y todo era que me vieran los compañeros para que comenzaran a gritarme: “¡tuerto, tuerto baboso!”.

Así pasaría unos seis meses, qué, talvez más, cuando una noche sentí un dolor horrible —ayúdeme a decir dolor— en el otro ojo. Toda la noche estuve que bramaba. —“¿Pero qué te hiciste? No me digás que te arruinaste el otro ojo!” —me gritaba mi mamá. Nada, nada me hice, le gritaba yo retorciéndome. Para qué le voy a decir: me pusieron todo, qué no me hicieron, hasta las vecinas se levantaron y yo rabiando toda la noche y todo el día hasta que me quedé dormido. Cuando me desperté no le miento sentí espanto. Ya no veía nada. —Mama, mamita linda, le grité, estoy ciego”. Todos corrieron. Yo me daba contra las paredes y mi madre gri-



tando a grandes llantos: “ ¡Se me cegó mi hijo!”. Yo oía al montón de gente dentrando en la casa y todos diciendo algo: que le ponga esto, que le ponga lo otro, hasta que mi tío me cogió de la mano, y me llevó al hospital. Me pusieron unas inyecciones, unas gotas, pero no, no volví a ver. Créame doctor, nadie sabe lo que son esos primeros días de ceguera. Todavía me golpean. Estuve como loco. Le dije a mi mama que me iba a matar y allí andaba, la pobre, escondiendo los cuchillos.

Me volví rinconero. No quería que me vieran. No salía. Cuando llegó mi tata de los cortes se puso a llorar. Eso sí me llegó al alma. Más desgraciado me sentía oyéndolo lamentarse. Un día volvió con una guitarra. —“Si le hacés a la música tal vez podés ganarte la vida”— me dijo. Después ya no lo volví a ver. Dicen que se fue a Golfito y que allí murió de un piquetazo de cascabel. Yo fui creciendo en la casa. Para nada servía. Recuerdo que mis hermanos dijeron que tal vez en la iglesia podía ayudar porque cantaba. No pasó de hablada. Otra noche una tal comadre Rosenda dijo que bien podía limosnear y no estar arrinconado sin hacer nada y viera cómo se puso mi mama de fogosa. —“¿Limosnear mi hijo? ¡Mientras tenga madre tendrá quien le lleve la comida a la boca!” Y le dijo a la comadre hasta lo que no quiso oír. Pero yo sabía que ese era mi destino, lo vivía pensando. Cuando se muera la viejita ¿qué otro camino te queda?, me decía entre mí nomás.

Cuando ella murió mi cuñada me dijo: —“Ve, Bartolo, vos no tenés cara para mendigar; te da vergüenza. ¿Por qué no te vas a Costa Rica? Yo te doy el pasaje; en tierra extraña es más fácil extender la mano”.

—Pero es lo contrario, Bartolo.

—No crea. Mi cuñada era medio fregada pero tenía sus cosas. Donde a uno lo conocen. . . no es lo mismo. Se lo digo yo. Mi cuñada era muy práctica. ¡Viera cómo ha levantado a mi hermano! Ya tienen una zapatería en San José. Ella fue la que me entotorotó con el viaje. Me fui con mi guitarra. Un año entero estuve en San José.

—¿Te fue bien?

—No le digo que mal pero tampoco bien. Pasaba fríos, me perdía; una noche hasta me robaron. Por lo menos aprendí a valerme solo.

—¿Y cómo empezaste?

—Mi cuñada me buscó un muchacho. El me llevaba. Era un águila el tiquito, pero me ordeñaba. Una noche que lo pelié porque se me cogió unos colones, me dejó abandonado. Lo hizo con toda la mala leche. Me anduvo dando vueltas y de repente se me fue. Tuve que ir hasta la policía. Entonces resolví volverme, y como mi cuñada se oponía, me vine escondido. Me trajo un camionero. Ese fue el que me dijo: —“No volvás a Rivas, allí nada hacés. En Managua un ciego gana más que un taxista”. ¡Qué tapas de hombre. . .decirme eso! Ya . . .qué diera yo! Pero ¿cuándo he pasado de a medio? Tengo veinte años de limosnear —¿por dónde no he andado?— y apenas si logro juntar lo del día. . .! y menos cargando familia!



— ¿Cuántos hijos?

— Sólo dos. ¿No sabía? ¡Victorino! ¡Salude al señor! Este es el segundo. El otro le ayuda a la mama.

— ¿Y la señora?

— Ahí, mercadeando. Aquí la conocí en el mercado. Buena mujer. Era amiga de la señora Josefa donde yo posaba y tratándola, tratándola, me le hice su hombre.

— ¿Ya se te quitó, entonces, el miedo a la gente?

— ¡Uuuhh! ¡La vida todo enseña! Pero, ¿sabe usted doctor?, una cosa no se me ha quitado: el miedo a los muchachos. Viera qué jodidos son. Vea lo que le digo: si yo dentro al mercado ahorita no falta una mujer que me ofrezca comida. . . ¡y me sirven como rey!, tienen un corazón de oro. Pero todo ese muchachero que anda por allí es temible; me meten el pie para que me caiga, me joden, me hacen diabluras, me gritan: “Bartolo loco”. Son una mierda los muchachos. Yo les doy garrotazos”.



MIS CARIATIDES

Tía Trinidad tenía un tacto de pétalo
afinado por el pasar incontable
de las cuentas del rosario
y era el verbo dar vestido de blanco
con una dulce contribución de lágrimas
en sus ojos verdes otoñales

La otra

—alta y doméstica— pero también dadivosa
como los árboles del Paraíso
era tía Isidora, el otro crepúsculo de ojos cenicientos
como la región donde los pájaros duermen
Ellas sostenían, como las Cariátides, las tardes municipales
de la historia antigua
donde ahora es Grecia o Granada o Tula
con sus columnas
rotas y el mismo cielo azulísimo repleto de aventuras
y Atenea, tan agorera, tan diosa de barrio
ayudándonos en la lucha contra la noche
siempre inquietante y adusta.

Leo a Homero y tía Trinidad espanta las preguntas
sobre Circe

Los navegantes que ciñeron la húmeda cintura de las islas
conocieron la leyenda y la esparcieron en nuestra ciudad
Así llegaron los jóvenes desoyendo (decía)
desoyendo la precavida voz de los viejos
y anclaron en la ensenada

Ahora, cuando el solitario marino escucha
el gruñido de los cerdos
recuerda en blanco mármol a la vejezuela



y se aconseja y sabe
cuánto exige el áspero corazón
 Pero tía Isidora era de tierra. De aquella familia
 que bajó con Booz a nuestros valles
para encontrarse con los domadores de caballos
gentes de finos tobillos peregrinos
que fundaron en el corazón de la patria la tierra de
 promisión
“Ganadería es historia” decían mis abuelos
 —ganaderos ellos y nuestros padres—
Nubes de polvo anunciaban a los caminantes en las
 cansadas lejanías
y tía Isidora había aprendido el verbo recibir
con un corazón de posada evangélico y aromado de
 panadería

 Pero cuando el regreso de mi padre
 (“Los príncipes aqueos durmieron toda la noche
vencidos por el plácido sueño/
mas no probó sus dulzuras Agamenón/
pastor de hombres/
porque en su mente revolvía muchas cosas”)
cuando el regreso de mi padre mi casa estaba en ruinas.
 Once veces mártir
 mi ciudad se levantó de sus cenizas
urgiendo un canto de Fénix para sus muros arrasados
Pero pasaron sobre ella los mercaderes
 y no queda piedra sobre piedra
excepto este mármol, esta Cariátide
alta y doméstica soportando el techo
donde el soldado resguarda su infancia de una lluvia
 insistente



PEDRO ONOFRE

“...quando el tiempo, habiendo sido favorable todo aquel día y los antecedentes, se volvió contrario”.

Documento sobre las cbuetas de Mallorca (1688)

Pedro Onofre estuvo conmigo en la montaña. Fue maderero

tumbador

chinguero

marinero

estibador

La fuerzió como pudo ¡tanto niño sobre sus hombros anchos y sudados!

Como una pluma llevaba a la tierna en la tardecita. Le gustaba cargar la inocencia.

— ¿Pedro Onofre?

— Sí. Te garantizo: Un hombrón sencillo, honrado, bueno de verdad. Lo que sucede es que decía lo que sentía. Si un robo era un robo lo decía. No. No era político, pero hablaba. Y era pobre.

Pero esa vez fue tuerce. Baldomero estuvo hablando con él. Se encontraron en la esquina de los billares. Habían trabajado juntos en la “Santa Ana”, la lancha de Guadamuz.

Después las mujeres dijeron que Pedro Onofre andaba sospechoso desde hacía tiempo. Que se desapare-



cía de la casa. Que platicaba con gente extraña. Que aquel letrero que apareció en la pared de las González él lo escribió en la noche. ¡El pobre Pedro Onofre! si no sabía escribir. La tuerce fue que se encontró con Baldomero. Y al día siguiente le dijeron: —Pedro Onofre, arrestaron a Baldomero, confesó que está metido en lo de las armas.

Se volvió del mercado, cogió por Santa Lucía, dando la vuelta por donde no lo conocieran. Entró a su casa por detrás, por el solar. —¿Y de dónde te aparecés?— le dijo la mujer asustada.

—Recogé tus cosas! ¿Dónde están los muchachos? ¿Están todos? Y a la oscurecida bajó con todos al muelle. Hoy sale la “Reina del Agua”, va para la Isla.

Pero, como te digo, la tuerce del hombre. El lago estaba endemoniado. Pegaba un chubasco perro y las olas, enormes, hasta que hacían crujir el muelle.

—¡Carvajal! —gritó Pedro Onofre— ¡echame la tabla para embarcar!—

—¡Estamos despegando! ¿No ves la marazón?

—Echame, entonces el bote, gritó Pedro Onofre.

—¡Lo quiebra el oleaje! ¡Esperá que pase! Estaban recogiendo el ancla y dándole cuerda a las amarras para separar las lanchas del muelle porque el viento bramaba y el oleaje podía quebrarlas.



—Voy a buscar un bote— dijo Pedro Onofre a su mujer.

Ya estaba oscuro.

Cuando bajó a la playa vio que meterse en un bote era un disparate. Las olas no dejaban pasar pero ni pájaros. Se levantaban inmensas blanqueando de espuma.

Pedro Onofre volvió al muelle bajo la lluvia.

Las ráfagas del chubasco le golpeaban la cara.

Los pobres muchachos estaban empapados, temblando de frío y llorando.

—Tenemos que esperar— dijo.

Pero la lluvia sólo era el comienzo. Chasqueó un relámpago y tras el fognazo se abrió la rayería. Estaban todos apretujados en el muelle y los muchachos lloraban a gritos, temblando. Parecía que se caía el cielo.

Entonces —dice el acta— “reconocieron que no se podían dar a la vela esa noche. Y resolvieron volver a su casa, con la seguridad que tenían de que por haber salido con tanto secreto, podían volver a su casa sin que nadie se enterara”.

—A lo mejor —le dijo la mujer— son temores tuyos! ¿Quién va a estar poniendo cuidado en una habladía tuya con Baldomero?



Los muchachos venían felices y corrían adelante.
Ya era cerca de la media noche cuando regresaron. Pedro Onofre empujó la puerta. Adentro estaba la patrulla, esperándolo.



PACO MONEJI

AHORA, desde la selva oscura, mi infancia es alta
como la montaña donde los héroes indiferentes
—“vestidos de aire”—
apartan las nubes con desdeñosos gestos de la mano.
Asciendo a la cumbre casi fatigado y reconozco
que era mucho más alto el mundo.

Los que transitan
el cosmos no llegarán donde nosotros
colocamos nuestros ojos: ninguna nave
a tres mil pájaros por hora
se acercará siquiera al país secreto
donde un niño lisiado
extraía al silencio
las cosas del misterio.

¡Paco Monejí!

a menudo
un niño perdido
es hallado en el poema! Tus palomas
de barro

susurraban el secreto
del Katún antiguo. Y las risas
de los individuos
de los invisibles cuando bajaban
de las cándidas galaxias
en una piedrecita blanca. . .

Luego

te ladeaste hacia el astro
y salió entre llantos escasos
tu ataúd de cosmonauta.

¡Reposa



diocesillo!

Aún te miro
—en papel de la China, lejanísimo
como Buda y así de sutil—
elevando tu cometa!

Ah!

Mi paraíso
—mecido por el viento—
pende aún de tu mano
dulce patria
en un hilo!



DON MEDARDO

Fue un día muy siniestro. Se lo digo con autorizada palabra. Mi compadre hecho un llanto no transigía con aquella contrariedad. Porque no fue muerte con vigilia. Ni anuncio ni sospecha. Fue como quien dice a traición. Golpe alevoso por la espalda de la alegría que es más peor. Usted de saber sabrá o habrá oído de la fiesta. ¿Por dónde no se regaron razones y recados del buen hombre, gente a pie, gente montada: que don Medardo le espera hoy para alegrarse porque hoy llega ya en salud doña Amelia? —Eso aquí, eso allá, todos estaban pendientes de la llegada y llega. Ver para creer. Robusta, rosada, una muñecota saludable doña Amelia. Volvía del temperamento después de la operación Reboante. ¿Qué decirle? Joven, recuperada en años. Viera que bien doña Amelia y se baja del caballo bajando apenas poniendo pie ¡ay! Un grito, qué sé yo, ¡aire! ¡aire! corren, corre el primero Medardo y ya es finada. ¿Ha de creer?

Que dicen que fue embolia, nombre de medicina o fallo del corazón ¿pero cómo? Todos dieron opinión y motivo, nombres dieron, murmurios. La cosa es que nadie sabe. Y Medardo dijo: ¿me la devuelven? Pues me sobran. Y ya no quiso oír. Toda la tarde lloró ardiente, enrojcidamente.

Allí estuvo, sosegado, sin palabra hasta que llegó la caja. Todo el gentío que se preparaba para la fiesta lo ve ahora moverse, cambiando trapos, color por negro, a la



vela. Así es la vida. Créame, amigo, ¡el futuro es cofre cerrado!

—¿Ya la vela? —preguntó Medardo.

— ¡Ya! dijeron las hijas.

—Pues voy a hablarles y las metió a la habitación. Pero ellas viéndose solas con él, ya sabe, mujeres tiernas, se echaron a su pecho en llantos y llantos.

—No, —dijo Medardo— llamen al compadre. Abrieron la puerta, alguien pasó la voz y uno y otro me buscaron. Yo estaba en el corredor, sorbiendo cafecito para iniciar la plática. Ya se me hacía la rueda en la atención de siempre porque saben mi don de palabra. —Lo llama don Medardo —me dice alguno.— ¡Ah! ¡el compadre! digo yo y entro al cuarto.

—Siéntese compadre me dice. A hablarles a ellas iba pero están en un mar de lágrimas. Pobres palomitas. Yo también lloré bastante. Ya despaché mis sollozos. Ahora vamos a lo práctico. Usted sabe cómo quería a la finada. Pero la vida es la vida compadre, y esta hacienda necesita mandadora. Pensé que ellas escogieran pero no tienen ojos para eso. Están muy dolidas, ¡pobres! muy nubladas. Usted sí, compadre, su dolor es más lejano, más quieto.

—Pero usted sabe compadre, mi aprecio por Doña Amelia.

—Sí, compadre y se lo agradezco pero ojos son



ojos. Usted puede sentir pero el dolor le deja fresca la vista y puede escoger.

—Pero no, tata, tan pronto, dijo en llanto Evangelina. ¡Tan pronto no! ¡Tan pronto no!

—Hija, dijo Medardo muy correcto. La vida es la vida. Yo no tengo tiempo para volver a lo de antes. Ya no estoy para galanteos ni menos para equivocarme. Y la ocasión es la ocasión. A la vela viene toda la comarca. Que mi compadre pele el ojo. Que tome nota de las virtudes de mi finada. Así la quiero. Igual no, claro. Igual no la repongo. Pero así, así, hacendosa, al menos hermosa, que empareje conmigo, que tenga autoridad para llevar las riendas. La hacienda necesita mandadora.

Las niñas subieron el llanto abrazadas al padre. El, cariñoso, muy protector, besándolas.

—Y una condición —me dijo entonces— Que no se me haya atravesado en el camino. ¡Repasar sólo en la escuela!

Y siguió llorando, abrazado a sus hijas, tierno padre. El dolor de Medardo era muy de fondo. Doy testimonio.



CATALINO FLORES

Hábeas Corpus
para Catalino Flores.
Las tres mujeres bajan
de Susulí llorando.
Vienen de negro
al alba.
Van al Comando
al Juez
a la cárcel van
preguntando por su deudo.

El Sindicato, con temor,
redacta el telegrama:
Hábeas Corpus
para Catalino Flores
jornalero de treinta años
casado, cinco hijos,
organizaba
la Liga campesina,
leía y enseñaba
a leer bajo los árboles.

Lo arrestó una patrulla
en la noche.
Los caminantes
oyeron tiros.

Hábeas Corpus
para Catalino Flores



desaparecido
del Comando
del Juzgado
de la Cárcel.

Las tres mujeres llorando
bajan al cementerio.
Vienen de negro
al alba.

Buscan
su cuerpo.



RAYUELO

Rayuelo era burlero, jodeón y mago. Vivía en enredos con todos los mandingas, texojos y sutiles del barrio aunque él decía: —Yo con los duendes y los chanechos ni los tiento. ¡Como si no existieran! Porque si se les mete joder, joden y uno, qué? Allí tienen a Julián y a la Estebana. Vivían en la casa de la finada Rosenda y todas las noches el cachudito chaneco va de volar piedras, pellizcar al amante, alborotar a los piantes y derramar la leche, hasta que la Estebana se obstinó: — ¡Me voy de esta casa! Y coge la calle al taller de Julián y le dice al oído: —Hoy nos vamos y no se lo digás a nadie no sea que se entere el Chaneco, ¡Otra vez me derramó el litro! Y así fué. Muy al alba cogen callados sus trastes y los montan en el carretón. Pero cuando ya iban doblando la esquina, dice la Estebana: — ¡Ay, se me olvidó la botella del niño! Y oye Julián que le dicen desde el fondo de la alforja: — ¡Aquí la llevo yo!

Tío Lalo se enfurecía con estos cuentos. Un día llegaron unas mujeres. Andaban preguntando por Heriberto que lo vieron con un muchachito y ya hace dos días que no aparece por su casa, que qué se ha hecho que si no saben y Rayuelo dijo que sí, que él estaba con Heriberto cuando el muchachito le dijo: —“Te llevo” y le cogió la mano y el hombrón de Heriberto, que estaba medio sesereque más bien se rió: —“Apartate enano!” y ya le iba a dar un zurdazo cuando el muchachito le pegó un tirón de la mano y se lo trajo como si lo jalara una yunta y Heriberto tamaños ojos que abre y que quiere soltarse y va de resistirse y el chiquilín se lo traía como



pluma y a media calle y el hombrón hasta que jadeaba — ¡Me lleva!, me lleva! gritando porque se lo llevaba y la gente muerta de risa y así lo atravesó por todo el barrio y Heriberto sudando al remolque: — ¡Rayuelo, defendeme, esto es hechizo o qué, pero me lleva!

—Ya lo estoy viendo —le dice Rayuelo— Ese diablito es de los firmes.

Y las mujeres con los grandes ojos pelados, jesusándose. Entonces tío Lalo reventó:

— ¡Qué muchachito ni qué mierda! ¡Inventos de este ideático!

Rayuelo ni parpadeaba. No más dijo: —Ojalá no le toque un sombrero a tío Lalo, entonces se va a acordar de este servidor.

Para colmo, cuando apareció Heriberto tiznado con el calenturón y arañado sólo tartamiedaba del muchachito. Rayuelo dijo: —Lo peor es que es difícil distinguir un texoje de un muchachito. Sólo viéndolos cagar. Los texojos cagan pelotitas de cabro. Son cabroncitos que se empecinan con los borrachos.

A veces nos sentábamos, en la tarde, bajo el malinche del patio y Rayuelo sacaba de un cofre una flauta de hueso para fifirifear y me decía: —“Onomeye el si—fado qué pajarelo! y titiritaba sonidos de pajarito porque la flauta lleva sólo pájaros muertos —decía— desde zinzonte hasta pistilo. Y ponía la flauta y me explicaba —Ciertas flores son pájaros y más las que tienen miel. En



cambio, si la flauta se toca triste es peje. Y me daba una palmada muy entusiasta: —Vea, compadre: toda música es lengua animal. Dígame si no. El violón es roncante, está lleno de sapos y de nocturnos. El tambor es de animales de vientre. Los clarines son de a caballo. Los de cuerda, aves. Pero hay aves de agua que dan el arpa. Esas sólo se oyen en la lluvia. Y así.

En esto estábamos cuando le llevaron un güis trístico, mortecino. Las vecinas decían que estaba muerto. Yo digo que casi muerto. Rayuelo lo acunó con las dos manos haciéndole nido, calentándolo suave. Soplando. Después lo llevó a la mesa y le puso un guacal encima y golpeaba despacito el guacal, tas, tas, tas, con el dedo. Y levantaba el guacal y ya el güis volvía, rizaba las plumas, abría el ojito. Entonces cogió la flauta y le habló música, finita, linda, al oído. Cierito —güis! Cierito —güis! Cierito —güis! hasta que se fue irguiendo y alegrando y sacudiendo las alas y torciendo feliz la cabezita para oír la flauta. —¿Ves lo que te digo de la música? —me dijo Rayuelo. Este güis es música. Todo su esqueletito es pura música.

Rayuelo no daba su calado. Taimaba su índole. Las veces que ví llegar, medio secretas, muchachonas de las de azahar o viejonas de las que han perdido poderes dando rodeos para comprarle oraciones o sortilegios: para vengar celos, para amansar maridos o para ligarlos y Rayuelo las bastanteaba con la mirada, las cernía: —No, mi muchachita, ni sombra. Si tuviera ya hubiera enderezado a la Tola, les decía. Pero otras veces sacaba del cajón el legajo —la oración de Santa Elena, la de la Piedra Imán, la del Anima Sola, la de la Piedra del Ara, la del



Puro, la del Duende Rojo, la de Santa Marta, la Mágica del Justo Juez, —y se hacía el dudoso: —No, ninguna de estas le llega a tu Rosendo.

—Ah! y cómo sabe? decía la mujer con risa de muina.

—Vení otro día. Te voy a buscar la contundente.

Yo creo que así les sacaba. O lo hacía por burlero, porque más que matutear brujerías le gustaba el cuento. Era ideático, como decía tío Lalo. Hacía ciencias hasta de una pata de hormiga, de un bledo, de un cardillo, de un cachivache, de un tenemeaquí. Si estábamos en la noche y la cruzaba una estrella fugaz, ya estaba Rayuelo diciendo: —Donde cae una de esas exhalaciones nace un niño sabio. Vaina! Después creen y vienen a enredar el mundo! Si ronroneaba en el aire una avispa, Rayuelo la seguía con el ojo en órbita hasta que todos estábamos pendientes del vuelo. —Esa avispa se llama Cunagüi, decía; si te pica en el brazo te da fuerza. Pero si te carga el avispero ya no te movés más. Te hacés roca, pura potencia; y nos miraba a todos de reojo, socarrón. O si llegaba con un garrobo o con un pitero y le preguntaban ¿Cómo agarró ese animal, Rayuelo? contestaba: Por parentesco. —Vea, compadre, me decía en secreto: el animal hay que apropiárselo. Para el garrobo, garróbese. Para el venado, venadéese. Para el tigre, tigréese. Le aprende su voz, su baile, su meneadito, es cuestión de modito y siaca: lo imita y se le acerca. Entonces el animal se ve él, se bizquea y ya es suyo.

Rayuelo era pozo. Cientificaba inagotable. Si eran



aguas, todas se las sabía y las daba: la de Romero, la de mengua lunar, la revestida, la de machigüe, la tisteada, la agua de miel, la agua de quina, la de culantro, la de caraña, la de marango, la de orégano, la de soroncontil, la de sardinillo, la de tigüilote. . . Cuál no? Y si eran mantecas todas las recetaba, la manteca de lagarto para el ma-laire, la de mono pancho para el asma, la de cusuco para la pulmonía, la de gallina para las liras, la de garrobo para los quistes. . . Era sajurín. Se lo digo en serio.

Cuando yo lo conocí, Rayuelo tenía una su mujer, alegrona, de las que bailaban el bullicuzcuz. Se llamaba la Tola. Tío Lalo decía que se la había levantado de una cantina. Era ancona, de las que despejaba la calle cuando pasaba. Un día llegó la hermana de Rayuelo furiosa:

—Ve, Rayuelo, vas a desentejar el techo con la ramazón! ¡Tené vergüenza!

—¡Esas son habladas! —dijo Rayuelo— Envidia que le tienen a la Tola!

—¿Envidia por ese negro trompudo?

—¿Qué negro?

—¡El negro de la herrería! ¿Qué no tenés ojos?

Cuando se fue la hermana, Rayuelo sacó la baraja y estuvo echando cartas.

—Vea, compadre —me dijo— ¡Créale a las habladas! Y me leyó: —Vea espadas: lealtad! Vea corazones



¿qué le dicen?. . . ¡No marcan cuernos las cartas! Pero el día del aluvión ya no le dió el naípe. ¿Recuerdan el aluvión? Tres días lo pronosticaron los sapos. De solar en solar mugicroaban roncós que hasta creo eran sapos —bueyes. A los tres días rompió el temporal. ¡Qué llover más parejo! Fué un aguaje sin descanso, un solo palo de agua hasta que a la tertia noche rompió la correntada. Cuando vimos que se llevaba el puente nos montamos todos a los techos. Entonces fue que pasó la gran cama de cuero negro Pompilio y arriba el trompudo con la Tola agarrados a los bolillos y berreando de miedo.

—Ajá! le gritaban desde los techos. ¡Durmiendo con el negro Pompilio! —No, si sólo se la estaba arreglando, gritaba ella de paso dando tumbos. Y se los llevó la corriente. Aunque no apareció el cadáver todos la dieron por muerta.

Al día siguiente, cuando ya pasó el desastre, fuí donde Rayuelo. No estaba. Dijeron que andaba con el gentío del barrio buscando el cuerpo. El sábado otra vez me dije: —Voy donde el compadre; debe estar de pésame. Pero ya viudo no paraba. No lo hallé. El domingo tuve que irme a mi recorrido por los pueblos. Le vendo productos a la Laber y Tonson. Como dos semanas estuve fuera. De regreso me acordé: —No le he dado el pésame a Rayuelo.

No más llegando me fuí a buscarlo. Golpié la puerta y cuál es mi susto que me abre la Tola — ¡Ideay, cómo es la cosa? y casi me voy de espaldas — ¡Venía a dar el pésame y me abre la difunta!



—Ya volví —me dijo sonriendo— Pasá. Rayuelo está adentro.

Cuando me vió el compadre no lo hallé decidor como otras veces. Estaba serio. Decía cosas de medio lado. Hasta que la Tola dijo: —Voy a ir a comprar los plátanos. Todo fué que saliera y acercó el taburete:

—Compadre, le debo una explicación. No farfulle que le leo en los ojos: quiere saber de la finada. Pues oiga:

—Apenas pasaron los ocho días del rezo vengo yo meridiando con el hambre de siempre pero viudo. ¡Ah, Rayuelo, me venía diciendo, ahora vas a cocinar como todo un maricón! Pero abro la puerta y allí estaba la mesa puesta con la comida calientita. “Esta debe ser alguna comadre corazón bueno que se condolió del viudo”. pensé para mis adentros. Pero me fuí a preguntar por el barrio y nada! Al día siguiente otra vez la comida servida, comida ayúdeme a decir comida: de rechupete. Entonces dije yo: aquí hay misterio. Porque hay veces que Yaol anda por las cocinas pero nunca había oído decir que para cocinar sino para derramar la sal o para quebrar las ollas. Yaol es de los adversos. No hace favores.

—Mañana espío, pensé. Me hice como que iba al trabajo pero me quedé en los billares el ojo en la puerta. Dando las doce entró una perra.

— ¡Alguna perra hambrienta! —dije yo— y me fuí a la casa. Entrando yo y sale la perra zumbada. Allí esta-



ba la mesa puesta con los platos vacíos. —Se me habrá volado la comida esta maldita perra, dije yo.

Entonces ya me hice mis planes. Los pensé bien. Al día siguiente muy despreocupado salí chiflando para el trabajo pero al llegar a la esquina de los Vados dí vuelta y me volví por la otra calle, me salté la tapia, entré a mi casa y me escondí detrás del bufete.

Ni mucho rato esperé. Oigo las uñitas de la perra y la veo entrar. No más llega a la cocina y ha de creer, compadre? La perra se para en dos patas, se quita la piel, y veo a la Tola. Ah! dije yo, aquí te agarro! Salto del escondrijo y agarro la piel.

— ¡Ah, Rayuelo, ya me desgraciaste! me gritó la mujer.

Pero cogí la piel y chas! con el machete la pedacé.

— ¿Sabe lo que era todo? —y me quedó viendo muy sutil.

No, le dije yo.

—Brama. Legítima brama. Pero guárdeme el secreto.



LACRIMOSA DOÑA ANDREÍTA

Una nube de pájaros llueve trinos a eso de las cinco
y mi mujer no regresa.

Lacrimosa doña Andreíta
sigue firme en la butaca hablándome de su filarmónico
en una visita eterna

Miro la urraca
ataviada de un femenino celeste
pero ella —Doña Andreíta— ni lo nota
contándome el cuento del hechizo
que bebió Julián en la fiesta de Siuna:
con la piel manchada
colgado de un clavo su clarinete
su inveterado cónyuge se ha desatendido de sus
obligaciones

enrolado con una india miskita
hace una pausa y lacrimosa
doña Andreíta
pasa a repetirme la atormentada
y larga enfermedad de don Tránsito
que sabemos feneció rodeado
de una singular jauría de sobrinos.

Oigo
el tintineo de los platos y el rutinario
canturreo de la criada, pero todavía
está lejana la hora de la cena

La voz de doña Andreíta va llenando la casa
de figuras de barro crepuscular y monocromo
y veo a los ingratos parientes



rondar el aposento del agonizante
para impedir el paso de Andreíta
y adentro
junto al catre desaliñado donde boquea don Tránsito
las infames disputas de los herederos
preguntando a gritos quién tiene la escritura de la casa.
“Escriba –me dice, lacrimosa, doña Andreíta– escriba
la maldad humana, compadre
Y Menedemo:
– ‘Tan desocupado estás, Cremes, de tus cosas
que te vaga pensar en las extrañas?’
Y Cremes –en una tarde así– “Hombre soy
y nada humano me es ajeno”
– ¿No oyes a la jauría, preguntando
dónde guarda la llave del arca
y cuando don Tránsito agónico se remueve
y alza su ronquido llamando a la hija
los parientes levantan un cerco de oraciones?
Andreíta, lacrimosa, me mira. La inocencia
arrinconca sus ojos en una penumbra anodina.
¿Qué quieres, Andreíta?
¿Acaso puedo, en mi oficio, vengarte? Las reglas
del canto me cierran la puerta en tu caso.
“Cuida tu poema, olvida
el corazón” me dicen sus voces
y tú te retiras saludadora y encorvada
–Escriba, compadre, escriba que este mundo se pierde
lacrimosa Andreíta repite esparciendo tedio
y lástima, mientras la acompaño a la puerta
donde la tarde
opaca
me recuerda el solitario
entierro de don Tránsito



—entierro de usurero, dijeron las vecinas—
y el carro negro despacioso y solemne en la calle vacía
y detrás solamente ella
 (la desheredada)
caminando como ahora, encorvada,
con ese mismo ruido almidonado de sus enaguas
como una paloma viuda a la sordina.



MARIA JACINTA

Y llega Junio bajo lluvias ligeras
y Agosto el sofocante y luego
Septiembre enfangado
y otra vez Octubre en berenjenales.
Meses. Desfile
de las hormigas que devoraron
a María Jacinta. Ya mañana
cumple un año de muerta.

De desvaído rosa, pajarela pero ciega
era demasiado pequeña para la alameda
y aún para el trigo.

Palomita
de color tardísimo en los ojos
la recuerdo
a saltitos
suspensivos
en la colina
y el lazo de su cabello
perdersé en mariposa
entre las flautas del arrozal.
Y pensar que nunca supimos
cómo fué aquello

Los niños son así, abren de súbito
el tiempo.



JUANA FONSECA

Rogad a Dios
por el eterno descanso
del alma
de Juana Fonseca.
Sus hijos:
Emérita, Fidelina, Juan Ramón,
Justo Pastor, Camila y Pedro
están aquí
de negro.
Doblan las campanas y Emérita solloza.
Emérita
fue la última en acostarse

Planchó la ropa de los varones
y el vestido de Camila
Lloró pensando en la madre

“Un día como hoy se estaba yendo”

Pero pensó en las flores
en las rosas del barrio
“Fidelina: mojé las flores para que amanezcan frescas”

(“Los pobres no tenemos tiempo de llorar”
pero lloraba)

Y vio que Pedro llevaba los zapatos sucios
y sacudió los zapatos del niño con el borde del rebozo
y los ojos rojos
mientras las campanas doblaban.



La viva estampa de la madre
abandonada, como ella, del marido
con sus tres hijos
con sus cinco hermanos
planchadora como ella

*“Libra, Señor, el alma de tu sierva
Juana Fonseca
como libraste a David
de las manos de Saúl
y de las manos de Goliat”*

Veníamos esa tarde huyendo y los soldados
nos esperaban en la bocacalle.
Juana tiró de mí, me metió en su tijera bajo la
(chamarra
y acostó a la Emérita —que era hermosa entonces—
y escuché las voces del Sargento
y la voz de Juana:

—Aquí no hay nadie ¡sólo mi hija enferma
que deben respetar!

Y Emérita se reía;
pero ahora lloraba.

*“Apartaos de mí todos
los que obráis la maldad,
Señor, Dios mío, en Ti he esperado;
sálvame de mis perseguidores y líbrame”*

Juana Fonseca
re recuerdo



bajo la lámpara y vos de pronto llegando,
demudada:

—Me mataron a Pedro! ! (Tan estupendo
carpintero, pero borracho.

Mi ropero de cedro
jamás lo terminaba
hasta que un día llegó con el mueble
y era como un altar). . . ¡Me mataron a Pedro!
Y no tenemos ni ropa para vestirlo
porque todo lo empeñaba
hasta sus fierros.

Y fui a buscar con los amigos
y reuní para su caja y lo enterramos
con dignidad. Y ella quiso pagarme.
Desquitarme planchando y lavando.

—Juana Fonseca
no es así que se paga
La amistad del pobre es la honra
de mi casa—

*“Oh Dios, de quien es propio
el compadecerse y perdonar,
humildemente te rogamos
por el alma de tu sierva Juana”*

que madrugaba para alistar a los muchachos
y encendía el fuego y ponía las primeras brasas
en el fogonero
cuando se apagaban las últimas estrellas
y cocinaba el desayuno y ya estaba planchando
golpeando la plancha sobre el burro de planchar
desde la aurora



y ordenando
a la Emérita, su oficio
a la Fidelina, su oficio (y regañándola:
 – Ese muchacho que se te acerca
 no tiene oficio ni beneficio)
A Juan Ramón: –“Me puso quejas el Maistro,
 Hijo, nc hay que ser divagado”.
A Justo Pastor –mi compañero– el que se iba
conmigo a los arroyos a matar iguanas:
 –Justo Pastor el día que yo sepa
 que no vas a la escuela te mato
y Camila, la que iba y venía
de la casa a la pulpería
 de la pulpería a la casa
 con las tortillas
con el pinol y las chiltomas y la sal y las candelas
y Pedrito en el suelo,
 dando guerra en el suelo
 siempre con hambre

Ahora están todos mirando el humilde catafalco
 y los cuatro candelabros
 y llorando a la finada .

*“Dale el eterno descanso,
la luz perpetua brille para ella”*

Emérita, si supieras
qué pedazo de mundo
qué territorio vasto y dulcísimo
está cediendo al golpe
de esas campanas!



ABUELO, EN LA NOCHE

Esta es la casa que he perdido
habito en ella en sueños
y no quisiera hablar de ella después que todo ha sido consumado

Mis hijos han edificado sus casas en Babilonia
y yo atravieso el desierto para pasar veladas con ellos
escuchando afuera, al borde de la puerta impotente
el ruidoso río de automóviles que filtra sus aguas turbias
(en el umbral

Hablamos de esto y de lo otro en la apretada salita
como conspiradores bajo el sofocante
y ordenado itinerario de los relojes
porque todos trabajan, duramente,
invirtiendo su vida en el negocio de perderla
y llegan llenos de cifras como los carpinteros de virutas
fatigados de información. Entonces, si yo recuerdo
si fácilmente caigo en las viejas historias
si abro para ellos las puertas de la casa
abren los ojos y me reconfortan con su alegría
—piensan tal vez que es posible el retorno—
porque ellos vivieron, ellos nacieron y se criaron
en la casa que perdimos
en la vieja casa grande junto al río
donde yo vuelvo ahora
donde yo vuelvo siempre
apenas cae un poco de sueño en mis ojos vacíos.

Apocalipsis con figuras
Managua 1972

“Se canta lo que se pierde”
Antonio Machado



EL PASTOR O EL PRESENTIMIENTO

(Génesis, 19)

—No lo anima
ni la más leve
brisa— dijo

Se refería
a este mar
muerto

Y los Sodomitas
queriendo violar
a los ángeles
Y los asesinos
de Gomorra
torturando
a sus prisioneros
en los sótanos

*—Por favor
hermanos míos
no hagáis
semejante maldad*

El pastor cerró
su Biblia. Montó
uno a uno a sus hijos
en el viejo Ford
y salió a la noche

—“Pedro, dijo su mujer,
es absurdo dejarse guiar
de presentimientos”

Al subir la cuesta



frenó el vehículo

Volvieron entonces los ojos
los que huían
y vieron que salía
de la ciudad
una humareda
de horno



EL SIRVIENTE DE DARÍO

A Joaquín Vaquero Turcios

Goyito, el hijo de Gregorio Blandón
criado por los Darío
se presentó al poeta
—y entró a su servicio—
cuando vino en su último viaje.

Hoy está cubierto por un bramante
en la calle
y su nieta lo llora

Leía a Rubén por las tardes.
Llegó a saberse de memoria Los Motivos del Lobo.
Después, vivió sólo del recuerdo.
Una catarata
lo introdujo lentamente
en la comarca brumosa de los ciegos.

*—Don Rubén era un Príncipe, decía
Apenas lo dejaba la fiebre se vestía
impecable y nítido. Y se sentaba
en su butaca de mimbre con un libro en la mano.
Lo recuerdo de lino paja, de saco y chaleco,
sus brillantes zapatos,
su corbata de seda azul celeste,
un poco escaso el pelo atrás y entrecano.*

*“— ¡Goyo, recoge esa basura del suelo!”
No permitía suciedad. Parecía distraído
pero nada escapaba*



a sus ojos alertas y exigentes.

Y Goyo todas las tardes volvía
a sus recuerdos como a una Academia
puntual. Iban sus gestos
ganando distinción.
Todas las tardes subía
las gradas de un palacio. Servía
al príncipe. Don Gregorio
el paje.

Ahora su nieta
implora a los que pasan
un ataúd.

*—Era suave de voz, pero
cuando se encendía en cólera
tronaba. Don Ruben era, entonces,
¡quién lo creyera! , malhablado.
Doña Rosario le decía: ¡Un poeta
hablando así!*

Y don Gregorio, el paje,
tomaba un aire protector
ante las debilidades del Príncipe.

*—Una vez peleó con doña Chayo
por una historia antigua. Celos
del pasado. A don Rubén
le centelleaban los ojos. Y ella
le recordaba
que le empeñó sus joyas en Panamá.
Ese día*



don Ruben recayó y tuvo fiebre.

“Un número infinito de cosas
—dice Borges—
muere en cada agonía”.

Con este viejo sirviente quizás se apagan
los últimos oídos
que conservaban la voz de Darío.

Al enterrar a Goyo en la fosa común
enterramos al pueblo
y con el pueblo
la voz de su Poeta.



EL VELADOR

Con la toalla
envolviéndote la cabeza
campesina
en el relente de la madrugada
Velador
del Banco (“En esto acaban
los pobres:
vendiendo su sueño”)

Una vieja pistola
—acero para el temor—
la compañera (Y Rosa
con su calor ausente)

No se anunciaba
tu desvelada vejez
en aquellos veranos
granadinos.

En tu huerta
la pobreza era una muchacha
encaramada en los árboles
y la noche
un pozo con estrellas.

Una sola enfermedad
te costó la tierra.

*“Con usura
ningún hombre halla sitio para su morada”*

Con Usura
despojaron tus manos de su oficio.
Yo canto tu honradez



devorada por la honradez
Canto tu expolio
Candelario Ortega
muerto de pie
cuidando de lo ajeno
y despojado de lo propio.



LA CITA

Justo cuando
te despojabas
de la soledad
como de un viejo
traje de oficio
justo
cuando el discreto
golpe te anunciaba
en la puerta (mañana
llegarán
horas nuevas) justo
cuando la puerta
endurecida por la espera
chirrió en sus goznes
tú
 incorporándote
un poco
 aunque temblabas
supiste
de quién eran los pasos



J.R. EN SU FRAGATA

No
No es cosa fácil
 ser nicaragüense!
Naces aquí y tu pañal es cilicio.
La encendida
lejanía
de estos azules
 lanza tu sueño
“patrullas de éxtasis”
(dice el testigo) cruzan
estos aires
pero manos adversas lastran
desde el amanecer
tu navecilla o cuna.

 Para saberte marino
dejaste crecer tu barba
 la acariciabas
en las tabernas, como en un puerto.
Y partías
 ¿Qué hubieras sido tú.
viajero, si tu casa flota (como el Arca)
en estas aguas turbias? ¡Una tabla, siquiera,
para sostenerte en el diluvio!

--“Obséquiame una fragata”, me decías
citando a la Dickinson (“el más pobre
haría este viaje / sin pasaje que pagar”)
o entrabas en las librerías
donde muchas veces te sorprendieron



ocultando un libro debajo de la sucia
camisa.

Porque te comía el insaciable gusano
y “el dolor de no ser”. Y tu prodigiosa
memoria, era sólo una parte de tu sed.
Con el dedo sobre las mesas polvosas
escribías, rápido, tus “poemas mortales”.
Y soplabas. —“No levanta
el pájaro!” decías. Piedras
en su buche en vez de trigo.
Y así te vi disminuir
como si te hundieras.

Tus chispeantes
ojos entraron a un ocaso
despectivo.

Esa noche
dormías bajo el alero.
Te atrapó la pesada
losa de cemento y sólo quedaron
fuera
tus pies
para un nuevo camino

La libertad toma a veces
el equívoco rostro de la muerte.



AMADEO

Se me hace
que hoy he perdido
a Italia

—“*Erniosso, la mia
malattia*”— me decía
confidencial. Le daba
a veces, y era
abundante en palabras
agradecidas. Afilaba
tijeras, fabricaba
aceites populares. Una
vez me dijo
que cargó aceitunas
en Salerno.

Debajo de los escombros
debajo de los bloques
desprendidos
y de la viga
que casi lo decapita
vi su rostro

Bajaron
los hombres del camión
levantaron
entre moscas
verdes
el cadáver,
y su soledad
entre la multitud



de muertos, siguió
siendo extranjera.
—“Un gringo”
dijeron las mujeres.
“*E forse io solo*
y tal vez sólo yo
so ancora
sé todavía
che visse”
que vivió



PAVANA PARA UN EJECUTIVO DIFUNTO

Master
en Business Administration
heredó el sórdido
imperio de su padre

Y te perdimos.
Ya no el joven
alado, no el victorioso
pecho jadeante
cuando los Once
embestíamos
contra la Puerta Dorada
sino el frío
perfil del cálculo
cincelado por la rapiña.

En tu abril amoroso
—laureado con Excelencia—
te lamentabas, tímido:
¡Ojalá tuviera
una muchacha bella
y delicada!
El dinero le dió muchas
y a todas
las devolvió vulgares.

En sus cuentas
nunca entró el negro
sumando
Nunca
el réquiem ominoso
de sus días.



Lágrimas

de viuda
no aplazaron
tu puntual severidad
con los vencimientos

Gemidos

de huérfano
no alteraron
tu serenísima matemática.

Hoy debo, sinembargo
colocar una corona
de rosas
sobre tu muerte:

luchando
heroicamente
por rescatar a tu madre
sucumbiste!



VENANCIO

Te atreves a leer
su rostro
Trasladadas
(crees tú) su faz
a tu papel, su corazón
a tu letra. ¡Engáñate!
Conocí a Venancio
un torpe
Vulcano
en camiseta.
Vacío
o ajeno. ¡Tantas tardes
viéndolo inhábil
construir
sus burdos objetos!
Oyendo
sus escasas
frases
siempre
las mismas
y el martillo
dán—
dole al zinc. El áspero
ruido
del metal
sin música
y su risa
seca



Te decía
–“Venancio: a ese
precio
pierdes” Tu ojo
esquivó
miraba a la niña
comiendo tierra
en el patio

 Me atraía
pensar
qué pensabas.
Entre golpe
y gol-
pe qué
quedaba
en tí

 Pensaba
¿qué cosa?
Te decía
–“Venancio,
la niña..”
Y tú

 te encogías
de hombros
y golpeabas
la lata.

Ahora, revisando
en el diario
las fotos de la catástrofe,
apareces tú
en camisola
en la noche



y en tus brazos
el cadáver
de tu hija
Basta tu gesto
para que me avergüence
Tu gesto
de dolor
Ese llanto
detenido al borde
de tu boca
Basta

Pascal
no miraría
más hondo
el nocturno
abismo



HOTEL REISSEL (HABITACION No.127)

Para pasar mi luna
de miel – “*Managua, Nicaragua*
 donde yo me enamoré”
apenas con un español
de “te amo”
“me gustas”
 a dos noches de Nueva York
llena de souvenirs
con manzanas y uvas
fatigada de una noche de tiendas
 tomé la llave
 y subí por el ascensor
 a mi tumba
– ¡John! –dije– ¿Estás?
Salió del baño, limpio
y hermoso. Siempre amé
ceñir con mis delgados brazos
su dura espalda. – “Estoy saliendo
del baño y sudo” dijo. Yo arrojé
ligera mis ropas y nos tumbamos
desnudos, bajo la tenue
luz del velador
a esperar el amor
fresco, del alba. ¡John!
¡Oh John! Preparabas tu tesis
sobre Dante. Leías. Anotabas. Luego
doblaste la almohada para erguir tu cabeza
–“Escucha, me dijiste:



*“Si quieres saber la raíz de nuestro amor
te lo diré mezclando la palabra al llanto
Leíamos una vez; por placer, la historia
de cómo hirió el amor a Lanzarote.
Estábamos solos, sin la menor sospecha.
Los ojos, muchas veces, al mirar nos traicionaban
y yo empalidecía, pero fue en un punto,
en el pasaje donde el amante
besó la sonrisa de la amada
cuándo éste..” ¡Oh John! cuando tu boca
me besó. . . temblando*

“Y desde entonces ya no leímos más”



ESTEFANITA SOTO
(1916 –1972)

Estudié hasta los 15

A los 16 quise
hacerme monja.

A los 17
en una inesperada
noche

ví a Ulises
maestro en naufragios.

Desde entonces
esperaba, tejiendo
—no sin presagios—
su negra nave.



LA PROFESORA DE PIANO

En el terremoto del 31
yo era una muchacha
y no faltaron
jóvenes galantes
que rescataran mi Pleyel.
Pedir auxilio
debajo de un transparente
camisón, enternece
los oídos.

En una quejumbrosa
carreta fui llevada a Masaya.
Mi cabellera rubia
conquistó verduras,
frutas,
gallinas y sonrisas
indias
camino del exilio

Allí el maestro Vega Matus
admiró mis dedos
dijo (que) “proclives
al desenfreno”.

Fuí la primera
en volver. ¡Ah!
pero nunca
fue Managua
como antes!
cuando don Adolfo
llegaba en coche



y bailaba con mi madre
vales en la noche.
Alguna vez
llegó también el General
y me cortejaban
sus jóvenes oficiales
con espadas al cinto.

La edad fue alejándome
con mis viejos pañolones
y mi piano. ¡Profesora
de barrio!

Lo último
que oí en la noche
fué un acorde.



EN UN PEQUEÑO HOTEL DE MANAGUA

(Homenaje a Carl Sandburg)

Chick Lorimer.

La conocí
en el declinante
circo Shillock

Recorría sobre el blando
aserrín con los niños el zoo
Las hediondas jaulas
Los gritos de los vendedores
y, a hurtadillas, en el carro
de las bailarinas

debajo de las cortinas
desteñidas

ví sus piernas
y el rosa crepuscular de su minifalda

Luego
en la ventana: el rostro
“con su minúscula barbilla
alzada hacia adelante”
y el pecosó brazo

en alto
cogiéndose el cabello
y las horquillas
apretadas por sus finos labios.

Pero esta noche
no estuvo allí. Vendió billetes.

(Colocaba el cigarrillo
en el borde quemado de la taquilla
Echaba hacia atrás, con gesto
cansado, su cabellera

Y el osado
perfil



que a tantos
cortó el corazón a cercén
mellado su filo
por el hastio)
Regresó como siempre
Limpiándose con el "clinex" celeste
los brillantes puntos de sudor
de su barbilla. Sin sonrisa
(*"Sólo sonreía
encima de los abismos"*)
pidió al sirviente
agua tibia para sus pies
y subió despacio, dolorosa
las gradas de su cadalso.

Luego dijeron: —Extraño
que la equilibrista
no haya saltado por la ventana
Porque todos la reconocimos
—todos la amábamos—
Su cabellera roja había encendido
noche a noche
los sueños del barrio
Su cabellera roja
que ahora se prolongaba en sangre
sobre el piso



EL HERMANO MAYOR

María, hermana: te cuento
¡fué el acabose! Se vino
al suelo todo
y quedamos
en la calle con lo puesto.
Los doce hermanos temblando
y mamá
queriéndose hacer brazos
para rodearnos a todos.
A esa hora, ahogándonos
en polvo, oyendo
el estertor del mundo,
a esa hora ¡fíjate!
pienso: —“Papá!” (ya tú conoces
las cosas de mi padre!)
—“Voy a buscarle”, dije
y mi pobre madre en gritos
y mis hermanos en llanto,
pero, ¿qué se hace? Cuando
todo cae o cuando
sucumbe el tiempo ¿qué queda
sino buscar al padre?
¡Las veces
que le hemos dicho: —“Padre,
la caridad entra por casa”
y él —ya sabes— siempre
en las nubes, siempre



dándole a todos
pero exigiéndonos a nosotros.
Corrí en aquellas calles
negras
cuando de toda la ciudad
se levantaba
el polvo y el lamento.
Me tiraban
piedras las sombras.
Sentí cólera, la sorda
cólera del hijo contra el padre
que lo abandona
y lo culpaba
como si fuera el autor
de la tiniebla, el puño
destructor.

Estará
—pensaba— ayudándole
a otros. Y así fue.
¿Te acuerdas de Juan
su criado? ¿Te acuerdas
de Juan, aquel que lo dejó
con el trabajo de la huerta
por una prostituta?

Con las manos
sangrando
lo encontré en el rescate
de Juan, lo vi
cargarlo,
me dirigió sus ojos
llenos de ternura: “Ayúdame!”
dijo. Debí gritarle
¡Padre, padre



¿por qué nos abandonas?
¡Es inútil! ¡Ya lo conoces!
siempre
abandona el rebaño
por una oveja perdida!



JUAN DE TEUSTEPE

(Mercado de San Miguel)

Debajo de una piedrecita verde
está María

la niña, mi gracioso
colibrí del alba

Debajo de una piedrecita roja
está María

la mujer. En su comal
me daba el sol. Era
mi calor

Debajo de una piedrecita blanca
está María

la abuela. En sus rodillas
se mecía la noche. Era
mi techo

Demoledores:

levantad con cuidado
estas piedras

La piedrecita verde

La piedrecita roja

La piedrecita blanca



LAMENTO NAHUATL

"Quin oc ca tlamati novollo"
(Hasta ahora lo comprende mi corazón)

Luché
toda la noche
(mira mis manos
hechas sangre!)
Luché
toda la noche
para salir de la tierra
¡Ay!
cuando ya fuera
me creí libre
miré en el muro
la efigie del tirano!



LETANIA DE LOS AVIONES

Madre: sobre el humo de los incendios descende un avión azul. Es la ayuda del mundo. Ya llega, madre!

Hijo: el avión azul es para los señores que gobiernan.

Madre: sobre la polvareda de los escombros descende un avión rojo. Es la ayuda del mundo. Ya llega, madre!

Hijo: el avión rojo es para los señores ministros de los señores que gobiernan.

Madre: entre las cenizas que el viento eleva baja un avión amarillo. Es la ayuda del mundo.
Ya llega, madre.

Hijo: el avión amarillo es para los señores militares que guardan a los señores que gobiernan.

Madre: sobre el cielo opaco veo descender un avión verde. Es la ayuda del mundo. Ya llega, madre!

Hijo: el avión verde es para los señores funcionarios de los señores que gobiernan.

Madre: en el cielo limpio veo bajar un avión morado. Es la ayuda del mundo. Ya llega, madre!

Hijo: el avión morado es para los señores partidarios de los señores que gobiernan.



Madre: sobre el cielo del barrio veo bajar la sombra.

¡Duerme, hijo! ¡la ayuda del mundo para el pobre, es la
noche!



DEDICATORIA FINAL A LA ESPOSA:

Para nuestros antepasados de lengua nahuatl, la persona era el rostro. Al engañador decíanle: es el que pierde a los rostros ajenos. Y al poeta: es el que los gana, el que rescata rostros. Y al maestro: es el que hace, el que forma rostros. Y a la mujer: es el rostro—espejo que te devuelve tu rostro. Y a la mujer del poeta: es el rostro—silencio donde se refleja tu palabra.

A ese rostro, estos poemas.

Homenajes

Dice el autor: “He dejado fuera de esta brevísima colección los muchos poemas de ocasión que pertenecen al mester de corte-sía. Los seleccionados, aunque forzados por la amistad, han sido salvados por ella misma, buena Musa.

“El primer homenaje nace, en parábola, de dos trágicas me-morias: Josesito Lumbí, el niño asesinado cerca de la ciudad don-de nació Darío, y Leonel Rugama, el joven poeta amigo sacrificado en el umbral de sus veinte años. Tejé para ellos una corona de pá-jaros.¹

“El poeta Leopoldo Panero fué mi amigo en España. En el año 1953 estuvo en Nicaragua y el escenario del poema en prosa que le dedico recuerda la aventura de un viaje a través de la cruda montaña nicaragüense una noche de luna y cacería. Panero mu-rió del corazón.²

“Mi hojmenaje a Luis Rosales lo escribí para celebrar sus se-senta años. Luis y *su casa encendida* en Madrid, fue el centro de reunión y de amistad de un amplio grupo de poetas españoles e hispanoamericanos durante, por lo menos, cuatro décadas.³

“El poema para Joan Miró me lo pidió Camilo José Cela para el homenaje que le rindió Mallorca en sus 85 años a este maestro amigo en cuyo corazón siempre jugaba un niño.⁴ En cambio, la prosa en homenaje al maravilloso ceramista, compañero de traba-jo de Miró y de Picasso –José Llorens Artigas– es anterior: fué escrita en 1948 y sirvió de prólogo a su libro *Imágenes del Gres*.⁵



Finalmente, el Relieve Sepulcral es una despedida dolorosa; un “responso” católico por María Gabriela, hija de Mario Cajina-Vega, poeta muy querido que me acompaña en el trabajo de La Prensa. En “La Tribu”, un capítulo de mis “Poemas/Memorias”, escribo sobre María Gabriela:

“ El día que ella murió
los científicos descubrieron una nueva galaxia.”

-
- 1 Se publicó por primera vez en Junio de 1976 en “Papeles de San Armadans”, Palma de Mallorca, España.
 - 2 Separata de “Cuadernos Hispanoamericanos No.187–188, julio-agosto de 1965. Madrid, España.
 - 3 “Cuadernos Hispanoamericanos” Nos.257-258, mayo-junio de 1971. Madrid, España.
 - 4 Edición extraordinaria de “Ultima Hora” de Palma de Mallorca, dirigida por Pedro Serra. Septiembre de 1978.
 - 5 De la colección “Artistas Nuevos” dirigida por Mathías Goeritz. Galerías Palma, Madrid, 1948.

EL CAZADOR DE PAJAROS

*En memoria de Leonel Rugama,
cazador de pájaros, arrebatado por la violencia.*

“Oncan nemi tototl
chachalaca tlatohua
Ohua yahualo quiman
teotl icham”

*(Anda por abí el ave,
parlotea, gorjea.
Con pena da giros: va en pos
de la casa de Dios)*

Canto nahuatl (de Tezcoco)

1.

Con el eco
voló
cantando
del barranco
un Toledo

—Pero si es un chavalo!
gritó
el Cabo.

Con el pie
dio vuelta al cuerpo
y la bota
se llenó de sangre



—Le dí el ¡alto!

dijo
el Raso

Moscas verdes
llegaron
a la sangre reciente

—Iba armado

dijo
el Raso

El Cabo
recogió del suelo
un rifle de palo

—Es que ahora los que joden
son muchachos

dijo
el Raso

Nuevas moscas
llegaron
sentándose
en sus labios

—Lo que sos es cobarde!

dijo
el Cabo

2.

Josesito Lumbí conocía
pluma a pluma
y nota a nota
el “pujuy” del Pocoyo
que salta en los caminos,
el “trin—trin” del Brinquino,
el “toc—toc” del Carpintero



con su martillo bermejo,
el chischil de metal del Zorzal,
el “guás” del Guás,
el “cierto güis” del Güis,
el solitario “fí” de la Perdiz,
las “erres” de cristal del Cardenal,
las vocales musicales del Senzontle,
el “chipilín – chipilín”
del Saltacercos,
el siteo silbado del Pardal mulero,
las gárgaras de la Urraca azul,
el gluglutear de la Oropéndola
con su cola de oro,
el serrucho musical del Tucán,
el “chío–chío–chís” del Chío
y el “jodido
jodido”
del Toledo.

Josesito Lumbí conocía
los huevos y los nidos
del Chocoyito zapoyolito
y del Chocoyo cancán,
del Chocoyo jalacatero
y del Chocoyito real.
Conocía
la paloma patacona,
la paloma gongolona,
la paloma petenera,
la paloma rodadora
y la paloma de collar.

3.

En las jaulas



del rancho
trinos, piales
y cantos.

María abre la ventana
al campo.

— ¡Josesito
nunca tarda tanto!

El Senzontle
gorjea

— Le encargaron
un Toledo
dice Pancho.

La Paloma
zurea

— Pero nunca
tarda
tanto!

El Chichiltote
silbea

— El camino al barranco
es largo
dice Pancho

La Chorchita
sisea

— Pero nunca tarda
tanto!

4.

¡Pájaros!

¡Pájaros!

¡Las veces que oí pasar
a Pancho



en bicicleta
llevando al niño
sentado en el manubrio
y atrás las jaulas
unas
sobre
otras
llenas de pájaros
piando
trinando
papaloteando
dando
aletazos contra las cañas
de bambú.

Ahora
arrastrando los pies
en el polvo del camino
vuelves del Comando
lo llevas

crees
que todavía sisea
pones

tu oído
en su pechito
crees

que todavía
tu pajarito
aletea

Lloras
— ¡Ya no!
me dices

y aprietas
tus puños



cuando se oye
lejos
desde el rancho
con los brazos
en alto
—árbol
sin pájaros—
el grito de María.



NOCHE DE AMERICA PARA UN POETA ESPAÑOL

—Eche a la cuenta un lucero más —dijo don Goyo.

Tiene esa idea popular de que cada poeta que muere instala casa en el firmamento. Yo le había preguntado: —Goyo, ¿recuerda aquellos poetas españoles, aquel alto que usted dijo:

—Sí, que dije que era muy señor. ¡Lástima grande que hombre así haya muerto!

Conoció a Leopoldo. Eso fué hace años, en un mes de febrero. Panero y Luis Rosales estaban en Granada. —la nicaragüense. Venían de país en país con sus poemas, soportando embestidas y homenajes.

—Poetas, dejémonos de hispanidades —les dije. Y les ofrecí atravesar a lomo de caballo la montaña. Tomar tierra. Descivilizarnos.

Salimos por la tarde, entre polvareda, en una camioneta. Febrero loco barría los caminos indios o tocaba sus ocarinas encaramado en los árboles dorados. Para que Leopoldo pudiera colocar sus versos hizo un cambio de nubes, de rojo bajo a vivo escarlata.

*“allá en el fondo soñoliento
del monte azul”.*

Nos esperaba don Goyo con las bestias. Leopoldo, que se creía obligado a rubenizar, escogió un caballo



blanco. A poco andar entramos en la noche.

—Leopoldo, tú sígueme— le dijo mi hermano con un foco de caza sobre la frente.

En la selva el crepúsculo se hace harapos. Pronto cae, cenizo y miope, dándose contra la hojarasca. El resto es tiniebla.

— ¿No se golpearán con una rama los señores?
—dijo don Goyo.

— ¡Luis Rosales, ten cuidado con las ramas! —pasé la voz. Y mi hermano, de guía, gritaba de trecho en trecho:

— ¡Bajad la cabeza!

Luis y Leopoldo se agachaban sumisos y disciplinados como en un templo exótico.

Por eso dijeron los nahoas que Dios construyó primero las cosas de ceniza. Lo último que queda después del fuego era para ellos el elemento primero de las cosas sin sol. Dentro de la selva, en la noche, todo se edifica en ceniza. Todos los colores mudan de lengua. Y los ruidos. (Porque no hay silencio, sino ceniza de sonidos) Un solo haz de luz —el del foco— encendía, como última brasa, cualquier cosa: el ojo inmenso de los insectos, el hilo casi eterno —de tan sutil— de la araña, el sueño negro de los monos carbonizados sobre las altas ramas.

Ibamos oyendo los silencios del puma detrás de la

eléctrica alpargata del viento. Los silencios del jaguar. Los silencios de la serpiente. Del sahíno. Del cusucu. Del Mapachín. Del coyote. Del caucelo. Esa presencia supuesta y apenas delatada por un crujido de rama, por el rasgarse de una hoja o por el canto delator de los pájaros nocturnos. ¡Guás! ¡Guás! ¡Guás!

Y el tung-tung del sapo-buey desde los fangales.

Y en el haz del foco brillaron los ojos supicaces —de un verde tímido y fluorescente— del venado. Detuvimos la marcha. Mi hermano levantó el arma. Se escuchó como en un sueño el metálico ruido del gatillo al montarse y vimos —como una rápida pincelada china— el salto grácil, lleno de temor, del animal espantado. Sonó el disparo baldío y la gran perforación del sonido tadrando en espiral la noche.

—Leopoldo, ¿qué me dices de esta aventura, eh? —pregunta Luis Rosales. Y el disparo y las voces despiertan el cavernoso, arbóreo, lúgubre rugido.

—¿Eh?— gritaron los poetas desconcertados.

—Es un mono grande— explicó mi hermano, mientras temblaban las paredes sombrías de la selva. Era el llanto del Congo. Por leguas y leguas unos a otros se respondían arrancando su profundo clamor volcánico a las cavernas y cráteres. Del gran mono estúpido y lento hicieron los indios signos rupestres para fechar los terremotos y erupciones.

—“¡Ab! ¡Ab! ¡Me parece que una sombra vaga por esta oscurana



— *iOiga! ¿Quién va por abí, de rama en rama?*
 — *Soy yo, compadre; pero no sé hablar.*
 — *iAb! iCompadre Congo, sáqueme de la noche que voy perdido!*
 — *¿La noche? iAb, la noche! iEstoy durmiendo con ella, compadre!..”*

Ahora despiertan todos los pequeños oficios acústicos. La montaña es lo infinito de lo pequeño. Grillos frotando inútilmente sus patas para encender una estrella. El agorero canto del guás. El silvido de la chinchintorra. Y del matorral al camino, del camino al matorral saltaba el pocoyo. Salta y canta y su gran ojo brillaba bajo el haz de luz como una máxima filosófica: “¡Pocoyó-pocoyó-pocoyó!”

El sapo hace espuma.

El camino en voz baja va haciéndose serpiente.

Hagamos el caos.

Y se hizo el caos. De todas partes te llaman. De todos lados, labios te silvan.

Leopoldo, con su voz medida para la noche, exorcisa, ordena el caos. Va recitando:

*“Y es de noche, ahora es de noche, estamos solos en la noche
 y en tu sustancia se transforma profundamente lo más oculto de
 [mi alma. . .”*

paso a paso, con su voz grave y lenta, va ordenando.

Don Goyo escucha recogidamente. El me había di-



cho que algunos hombres tenían palabras que hacían andar los árboles.

Y los árboles nos siguen.

Una música arcaica y lenta va naciendo a nuestras espaldas. Idiomas para invocar a la luna. Ritmos para encender las más antiguas y leves claridades. ¡Y he allí, de pronto, el astro! Vemos su tibia mano abriéndose paso con dificultad entre el follaje. Comienza a separar un árbol de otro, una hoja de otra, y el agua del riachuelo es colocada en su cauce y la tierra del camino en su ruta.

Pero a un mandato de silencio nos detenemos. La luna ha colocado junto al agua la potestad del jaguar. La delegación de su magia. La proximidad hipnotizante de su hechizo. Y salta. Desaparece. . .

—¿Tigre?— preguntan. Queda por un instante el brillo de sus bigotes como estambres lunares.

— ¡Oye, Luis! ¡Esto va en serio!

—Esta no es noche para tirar tigres— afirma reposadamente don Goyo.

—¿Por qué?

—Es noche de viento.

Brisas locas van de hoja en hoja acarreando olores. El foco sigue interrogando el follaje. Saltan reflejos y los insectos acuáticos del riachuelo, de grandes ojos, de-



vuelven lucecillas misteriosas.

La humedad del río enluta los árboles. Grandes hojas mecen sombras.

Frutos negros como astros muertos.

Y mosquitos. (No hay lugar aquí para poner la luna. Cae, como un huevo entre el follaje.) Y salta la rana. Aflora el caimán su ojo rojo y malhumorado. El zorrillo baja del árbol, oye el paso de la cabalgata y mea.

Su olor concentrado y atroz roe la sombra.

Roe la sombra.

—¿Sabes? Dicen que Tamagastad cuando vino la sombra del primer día se había dormido cansado de perseguir la buella del venado. Y su madre, que también dormía, despertó y dijo: “Hijo mío, ¿qué se hicieron las cosas? ¿Dónde están los límites de mis manos, dónde se han perdido los rostros de los seres que vivían? ¿Quién ha borrado mi cuerpo que tanto me ha costado definir?” . . . Y Tamagastad se sintió también diluido en el mundo como si le hubieran abierto las líneas de su rostro y todas las cosas se le hubieran adherido. “Creo —dijo— que hemos sido devorados por el gran monstruo. Creo —dijo— que estamos en el vientre del gran monstruo.” Y la madre comenzó a gritar contra los dioses, pero sus gritos eran negros y sumaban tinieblas a las tinieblas. Y conoció entonces el miedo y llamó desde entonces miedo al lado oscuro de las palabras. Pero Tamagastad dijo: “He dejado mi cuchillo de obsidiana en la rama del árbol donde dormía. Abriré con él las entrañas del monstruo”. Y buscaba su cuchillo de obsidiana, pero las hojas de los árboles del bosque ocultaban su cuchillo. Y Tamagastad llamó al viento para que moviera los árboles de la selva. “¡Ab!”, dijo, y de su aliento salió el espíritu del viento —el queanidaba en la elipse del caracol— y sacudió con gran ru-

mor el follaje de la montaña. Y brilló el cuchillo. Fué la primera luz pronunciada por la noche, por eso la Madre le llamó "Lucero". Y Tamagastad cogió el puntiagudo lucero y rasgó el vientre del monstruo, lo rasgó a lo ancho, lo rasgó y por la berida rojiza comenzaron a saltar con estridencia todos los seres. Salían de las tinieblas. Encontraban de nuevo su nombre. El nombre del cau-celo (manchado por la noche en su pelambre lunar), y el nombre del coyote (el hechicero solitario de la rabia) y el nombre de la boa (raíz rebelde del árbol de la vida), y el nombre del tepescuintle (iab, el perro y el cerdo se perseguían y en él se unieron!) y el nombre del cusuco (buyó de la zarpa y se ocultó dentro de su cuerpo), y el nombre del Puma (que los guerreros desecharon porque se sacia en la mujer), y el nombre del jaguar (que devoró a la luna y alcanzó el reino de la astucia), y el nombre de los hombres, uno a uno. Pero vieron que Tamagastad se detenía en el umbral y caía sobre su sangre. No lo supo. Ellos lo vieron. Había rasgado también su pecho. Comprendieron entonces. Así decía el canto: "Envainada está, envainada está en el corazón la afilada estrella". Comprendieron que todo poeta muere del corazón para construir la aurora.

— ¿Qué ruidos son esos?

— ¿Ruidos?— dijo don Goyo extrañado.

Había terminado la selva. Detrás del último árbol se abrió de golpe el llano, como si hubiera caído junto a nosotros, acostado, un relámpago.

Un gran viento barrió los silencios llenos de grillos. El gran viento lacustre, lunar y furioso. El viento diáfano y latino.

¡Oh Castrillo de la Piedras de Astorga, qué cercanas pero incomunicables tus palomas! En estos alisios vagan, fantasmales, garzas levantadas de su sueño por



nuestras alegres palabras.

*"Medido estaba el tiempo
Y los dioses miraban sobre ellos
Velaban por ellos tras la reja de las estrellas". . .*

La cabalgata blanca y lenta, bañada de luna, parece bordear la ribera de un astro. Cocoteros y palmas trazan la débil frontera entre los pastizales que el viento mueve y la inmensa llanura de azogue del Gran Lago. Todo el horizonte tremolaba de ranas: música de barro con leves golpes, estridentes, de lucero. Croaban sus notas verdes en el sontolar, en el zorocontil, en el pará. Verdes pálidos, verdes desvaídos, verdes sutiles y titilantes de las humedades playeras donde el paso apagado de las bestias levantaba de nuevo garzas, garzas blancas exiliadas de la luna.

—Estamos llegando— dijo don Goyo.

Mi mujer, que nos ha acompañado a caballo, prepara la casa. En la casa encendida ella conversa con Luis Rosales. Está comenzando la noche para los comentarios. Ahora es cuando Luis va a reedificar. Ahora es cuando va a escoger los adjetivos nuevos para la noche. Ahora que llega el alba. Duermen los ganados en el potrero y sobre el pasto plateado parecen dólmenes milenarios en misteriosa inmovilidad. Leopoldo, sin descender del potro, ha avanzado hasta la blanca ribera arenosa y está allí, en silencio, avasallado por el infinito de olas y estrellas.

— ¡Leopoldo!



¿Qué hacías allí, solitario, en el umbral del alba,
sobre tu caballo blanco?

— ¡Leopoldo!

¿Pedías, acaso, a Pablo —el “mediador de luz” y
“estribo del relámpago ”— el otro caballo, el mágico
potro. . .

*“dame un caballo, libre, como el tuyo,
de piel tirante y ondulante cola,
para apearme en el camino, tapados los ojos de repente,
y pasar, vadeando hasta el pecho,
de un día (casi oscuro)
a otro día:
tú,
el último” . . . ?*

— ¡Leopoldo!

No. Ya no contesta. Su caballo lleva un ala lasti-
mada y vadea —hasta el pecho— el umbral, el alucinan-
te umbral, hacia las islas. . .



A LUIS ROSALES

En el fuerte
de Granada
hay un cañón roído
por el sarro.
Mutilado, apunta
con su silencio de hierro
y guarda
memorable el respeto.

Cuando Granada
era apenas
Granada, cuando
su nombre, tenue,
podía ser borrado
por piratas y corsarios
tuvo el cañón su oficio
español y osado.

¡Cuánto empeño
de varones y hierros
para extender la lengua
hasta la orilla del Lago!

De tu Granada a la mía
—con todo el mar de por medio—
la Rima
la Copla
¡qué manera
de acercar las cosas!



Esto me digo
 sentado
 sobre el manso
cañón, leyendo
 tus cantos.
Si será la historia
así:

 los héroes
para que canten
 los poetas
 (¡imperios
para escribir una carta!)
 y el hierro
para permitir el verso.



JOSE LLORENS ARTIGAS

Artigas posee la mano adivina que hizo posible el seno,
la luna y el ánfora.

Toca (desde el dibujo ya toca) el asombro del volumen,
palpa su forma, y la detiene
en el momento justo de su perfección.

La cerámica es música palpable. Tierra alzada en pájaro.
Por eso el barro, como génesis, gira en su estrella,
y por eso pasa el fuego (pero exacto) encendiendo
sus secretos prodigios.

De tierra insistente, de llamas que encuentran su reposo
y de ángeles delicados que regresan a la inquietud,
construye Artigas su cerámica de Gres,
frágil pero eterna.



PERSON THROWING A STONE AT A BIRD

Una muchacha / arroja
una piedra
a un pájaro.

—Hijo mío, ve a traerme
la flor del espíritu del color.
Y el niño Maya atravesó el amarillo
—la región del amanecer—
y trajo el polvo de la mariposa.

—Hijo mío, ve a traerme el mar oscuro
el pájaro del origen del color.
Y el niño Náhuatl vio el Sol
—en la región del poniente—
y le arrancó la pluma de fuego del Quetzal.

—Hijo mío, ve a traerme el cielo verde
el astro del Sueño del color.
Y el niño Chorotega dijo:
—Oh muchacha del Sur
sopla una sílaba, sílvame
una piedra estelar.

Y juntaron los niños de América
los elementos del color
y vieron
que antes que América existiera
existía Joan Miró.



“SOPRA UN BASSO RILIEVO ANTICO SEPOLCRALE”

En memoria de María Gabriela

En el mármol
la doncella muerta
 volvióse
a los suyos y debilmente
levantó la mano en despedida.
¿A dónde vas? ¿Quién, desde lejos
te llama y te arranca de los tuyos?
¿Qué fuerza o qué sueño
vence los lamentos
y te da valor para partir
sola y peregrina?

Con Leopardi miro, suspenso
el gesto tuyo en piedra,
pero esa
sonriente decisión
—ese tímido saludo que no quiere entristecer—
lo ví también en el rostro de mi madre
cando volvió sus ojos
como esa dulce muchacha
en el momento de partir.

Si fueras polvo no guardaría
esa sonrisa el mármol que te retuvo.
¿Es la muerte quien te llama
o, acaso, ven tus ojos



detrás de la entreabierta
puerta al Visitante?
Por qué, si no, tu ojo brilla
como solo la presencia
del Amado enciende la pupila?

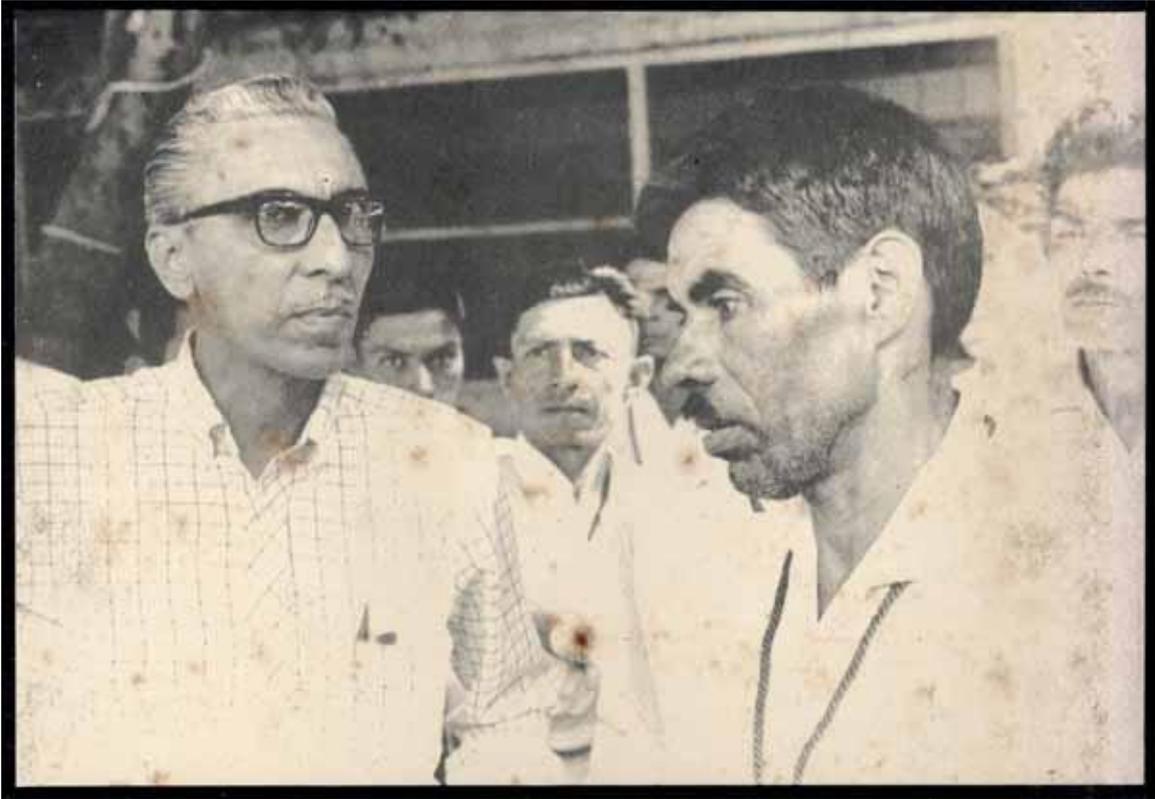
Si todo terminara
tu dulce gesto
final no me dijera
en su silencio: ¡espera!

Si todo terminara
tu sonrisa
no iluminara como un ángel
tu sepulcro vacío

Pascua. 1985

**Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos de
TREJOS HNOS. SUCS., S. A.
San José, Costa Rica**

*“Pablo Antonio: una tierra que ha llegado a pensar,
a pensar por sí, para decir todo lo que lleva dentro
(. . .) para decir siempre(. . .) cómo nació esa tierra honda
que es él, de la que él nació y que de él ha nacido.”* Angel Martínez



Pablo Antonio rodeado de campesinos en el norte de Nicaragua. 1968

LIBRO LIBRE publica en esta colección el corpus completo de la obra poética del nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, porque es fundamento y cúspide de la cultura centroamericana contemporánea. La edición ha sido revisada y autorizada por el autor.

Este quinto volumen contiene los poemas-personajes agrupados por Cuadra en *Esos rostros que asoman en la multitud*. Intercalando verso y prosa, se rescatan fisonomías nicaragüenses de rasgos inconfundibles. “Doña Andreita y otros retratos” es la primera parte del poemario; la segunda, “Apocalipsis con figuras”, reconstruye poéticamente las trucas biografías de las víctimas del terremoto que asoló Managua en 1972. “Posiblemente mi poesía —por lo menos la que arranca de lo más hondo de mi ser—, no sea más que la búsqueda de una respuesta al misterio de un rostro anónimo . . .” El libro termina con una sección —“Homenajes”—, que recoge los testimonios de la admiración y cariño del poeta por colegas y amigos, “forzados por la amistad, han sido salvados por ella misma, buena Musa”.